

B. P. de P. P.

CUESTIONES de ACTUALIDAD.—N.º I

# Las 4 verdades fundamentales

**El Alma.**

**Dios.**

**La Iglesia.**

**El Catecismo.**

## APÉNDICES:

**Daños de la ignorancia religiosa.**

**Beneficios de la instrucción cristiana.**

**Compendio de la doctrina católica.**

Precios { Un ejemplar 75 cts.  
          { Por docenas a 50 cts.

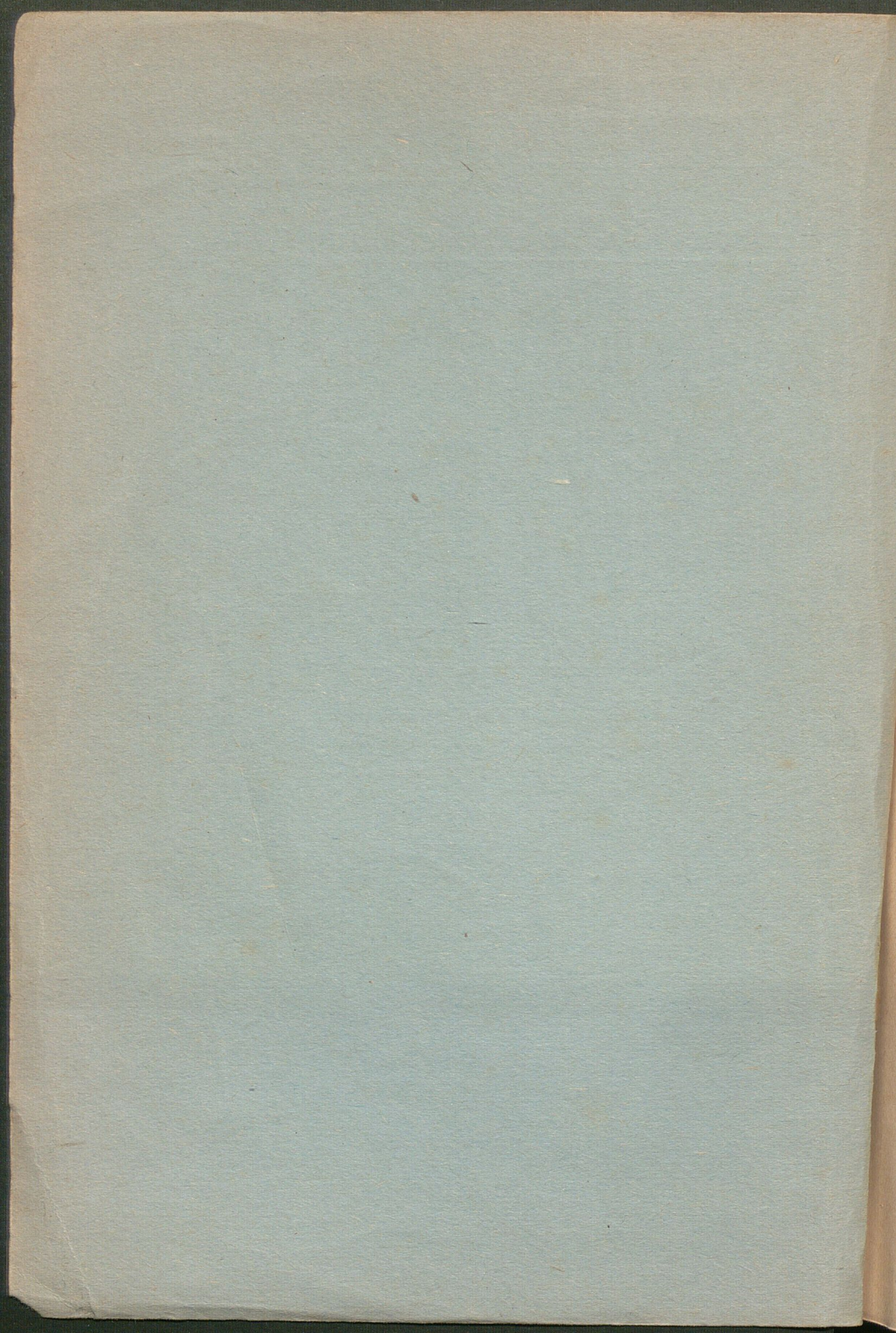


AVILA

TIP. Y ENC. DE SENÉN MARTÍN DÍAZ

1931







DG  
A

Biblioteca Práctica de Predicación Parroquial

**CUESTIONES DE ACTUALIDAD.—N.º I.**

**LAS CUATRO VERDADES  
FUNDAMENTALES**

:: EL ALMA ::

:: :: DIOS :: ::

:: LA IGLESIA ::

EL CATECISMO

APÉNDICES:

- 1.º—Los daños de la ignorancia religiosa.
- 2.º—Los beneficios de la instrucción cristiana.
- 3.º—Compendio de la doctrina católica.



AVILA

TIP. Y ENC. DE SENÉN MARTÍN DÍAZ

1951

+ 160042  
C. 1202368



NIHIL OBSTAT  
*Dr. Petrus Ruíz.*

*Abulæ die 3 novembris 1931*  
IMPRIMATUR  
† HENRICUS. Episcopus Abulensis.

---

---

Es propiedad del autor.

---

---



R.125479



## LECTOR AMABLE

Invitado por el autor de este librito, que te dispones a hojear con la curiosidad del que busca en la lectura nuevas ideas e impresiones, tengo que darte la razón de su existencia.

Quizá en tiempos, no lejanos, hubiera parecido el tal librito innecesario o al menos, inoportuno. Temo, pues, te asalte la idea de la poca perspicacia del autor, a quien tengo obligación de defender contra este poco meditado reparo, por ser uno de mis discípulos, bien aprovechado, por cierto, como tú mismo has de ver, apenas comiences la lectura.

Y para que cuanto antes se te quite esa impresión, esto es lo que primeramente afirmo; que el autor cala hondo en eso de conocer, como hoy se dice, la psicología de la sociedad en que vive.

Porque has de saber, lector amigo, que recientemente ha habido no sólo un cambio de régimen sino de civilización, lo cual es de harto mayor importancia.

Y no es que este cambio haya sido producido conjuntamente con el de régimen, pues es cosa del todo clara, que, en todo el siglo pasado, por no fijar fecha más lejana, han venido siendo trabajados por ideas forasteras e insanas muchos espíritus distinguidos, y han recibido a boca llena el soplo helado de la incredulidad y del desorden. Y no para aquí el mal, sino que su proselitismo ha llevado en la escena, en la novela, en el periódico y en el libro la disolución y la ruína a los espíritus sencillos, bien avenidos antes con la Iglesia y con su Cura y hoy acaso en mucha parte en rebeldía con sus antiguas creen-



cias. La novedad es muy grave, que esta civilización y el régimen andan amigos. Esto quiere decir que hay que cambiar los métodos de apostolado, porque existen en grandes extensiones, ruinas morales, y el autor, avisado y perspicaz, se ha propuesto cavar en esas ruinas para encontrar algo, que el hombre, dotado de inmenso poder de destrucción, no es poderoso a destruir, porque ese algo es fundamento de las cosas, de los destinos, de la sociedad y de la religión, y Dios se cuida de mantenerlos incólumes con el contacto de su mano que las creó, debajo de todas las ruinas y a pesar de todos los torbellinos y oleaje de los acontecimientos.

Esta idea capaz de grandes aplicaciones te la voy a exponer lector amable en pocas palabras, con un ejemplo tomado de la Química.

Los químicos hacen ciertamente brujerías, sintetizan y analizan los cuerpos, los mudan de peso, de color, de estructura, de propiedades... pero cuando les someten al *análisis químico* por la virtud de agentes de gran poder de disociación que resuelven los componentes en cuerpos simples, al instante el poder de los *agentes* y la magia de los químicos cesa, porque los cuerpos simples colindantes con la nada sólo tienen por autor a Dios y sólo Dios puede destruirles.

Tal sucede con las ruinas morales. Por eso va buscando el autor las reliquias, que siempre quedan ocultas debajo de todos los desórdenes, para fundamentar sobre ellas una demostración y suscitar llamaradas de fe salvadora en muchas almas vacilantes o dormidas.

Si preguntas quién es el autor, te diré que su modestia me ha impuesto silencio. Si deseas saber quién es el prologuista he de decirte que son varios los pseudónimos usados por él en sus no pocos escritos y que ahora emplea en el periodismo el de

ESTEBAN.

8 de Octubre de 1931.



# EL ALMA

Homo vero, cum mortuus fuerit et nudatus atque consumptus  
¿ubi quæso est?

Decidme, os ruego: cuando  
el hombre ha muerto, y despo-  
jado de todo yace consumido,  
¿qué queda de él?

(Job. XIV. 10)

I. ¿TENEMOS ALMA? Los incrédulos acójense a esta duda para acallar los terrores de su conciencia y hasta pretenden con hechos confirmarla. No mucho ha, cierto médico, bisturí en mano, despedazaba el cadaver de un hombre buscando el alma, y al no hallarla decía triunfante; «¿La habéis visto? ¿La habéis oído siquiera? ¿La sentísteis salir acaso? ¿A qué, pues, pretenden atemorizarnos con los tormentos eternos, si no tenemos alma?»

—¡Voló ya el pajarillo, señor!—dijo tímidamente un ayudante. Eso es como buscar el jilguero en jaula abierta.

—¡También ha de ser mala suerte—replicó el doctor— Sabemos que la vida se prolonga más allá de la muerte aparente y por mucho que nos apresuramos a salir al encuentro del alma no logramos jamás ni verla, ni oírla, ni olerla, ni notar señal alguna del alma.

—Tampoco yo, señor—balbució el estudiante—he logrado ver, ni oír, ni oler el talento de usted y no obstante



le he notado y le he adivinado en las operaciones mesaravillosas, que usted practica a veces.

El médico bajó la cabeza confundido, y no acertó a decir más. ¡Ved hasta donde llega la obcecación de la impiedad! ¡hasta los más ridículos absurdos en hombres sabios!

Es cierto: no vemos el alma como no vemos el genio, el dolor... pero la sentimos en sus efectos y la adivinamos dentro de nosotros...

II. HAY EN EL HOMBRE, ADEMÁS DEL CUERPO, UNA FUERZA VITAL, SUPERIOR A LA MATERIA ORGÁNICA. Yo por mi parte confieso ingenuamente que sin necesidad de libro que me enseñe, ni maestro que me instruya, mirándome a mi mismo veo y contemplo en mí una substancia material, es decir, gruesa, palpable, pesada, que constituye los miembros todos de mi cuerpo, carne, huesos, nervios, músculos, arterias, ojos, oídos... corazón... y digo: ¿Será esto el HOMBRE? — No. Todo ello se encuentra completo en un cadáver; pues los hay sin que les falte ni un músculo, ni un cabello. Ese cadáver es una máquina humana dispuesta a funcionar...

¿Por qué no se mueve? — Es preciso, me diréis, una fuerza que impulse el corazón, para que éste caliente el organismo y mueva las articulaciones...

— Pues ¡dadle ese impulso! digo yo. ¿A qué deteneros? Si no se necesita, ni tenemos alma, llamad a un mecánico y cual si fuere un motor, haga saltar la chispa...

— Pero no. Es en vano. El hombre no ha sido capaz de inventar esa fuerza impulsiva vital. La química no ha llegado a la substancia orgánica, ¡cuánto menos a producir un ser viviente!

Ni tampoco puede ser producido por la misma materia corporal, como lo demuestra el hecho de ser producido todo viviente por otro principio viviente semejante; y nunca de la materia inerte y sin vida. ¡Ah! si la materia



corporal tuviera en sí la vida ¿por qué no habían de ser vivientes todos los cuerpos?

III. ESA FUERZA VITAL ES DE CATEGORÍA MÁS ALTA QUE LOS SENTIDOS. Y en verdad: yo siento como hervir dentro de mí algo más noble y elevado que la materia carnal y corruptible: algo que imprime movimiento a mis manos, a mis pies... y sostiene en ritmo acompasado los latidos de mi corazón, para que riegue con su sangre todos los miembros de mi cuerpo: algo que le hace a este sentir, palpar, gozar, sufrir... ¿Podrá ser esto obra de la materia? No: la materia no palpita, ni goza, ni sufre, ni siente... Esto debe ser causado por una fuerza superior; que tenga la virtud de producir el crecimiento, las sensaciones la reproducción...

Pero tampoco en esta fuerza o virtud debe consistir lo mejor del hombre. Porque si así fuere, el hombre no podría ostentar con derecho el título de «rey de la creación» pues que en todas esas cosas nos aventaja alguno de los animales: en fuerza el león, en agilidad el ciervo, en vista un pollito, en olfato un cínife... No: en eso no debe consistir el hombre, sinó en algo superior, que eleve al hombre sobre todas esas cualidades y le dé la virtud de *pensar, desear, amar, aborrecer, inventar, hablar, dominar*... ¡Estas si que son operaciones propias del hombre! Pero también su principio y causa ha de superar, como los efectos, a todas las fuerzas orgánicas y sensitivas.

Ved un ensayo en que de manera sencillísima revélese este principio superior: Un día el maestro castigó a un niño con la palmeta; y al dolor producido por ésta, se siguió el llanto fácil del niño. Pero a otro niño entregó el mismo maestro un papel, y cuando el niño le estaba leyendo prorrumpió en gritos de dolor y sollozos inconsolables, saliendo presuroso, sin que fueran capaces de aquietarle... ¿que había sucedido? Al primero le hizo llorar el dolor sensitivo, al segundo un dolor moral, más angustioso cuanto menos material era: ¡se trataba de su



madre que acaso habría ya muerto! La noticia fué leída en el papel: en ella intervenía una fuerza muy superior a los sentidos del cuerpo.

IV. ESA FUERZA VITAL ES UN ESPÍRITU. Entendemos por *espíritu* un ser independiente del cuerpo para existir y para obrar y dotado de cualidades y operaciones eminentemente superiores a las propiedades sensibles de la materia o de los cuerpos.

No podremos verle, en verdad, con los ojos materiales por hallarse elevado a un orden y esfera inaccesible a ellos, pero nos bastará conocer sus obras, sus efectos, para estar seguros de su existencia y de su específica naturaleza, con este sencillo raciocinio:

«Nos consta por experiencia cotidiana que ninguna causa produce efectos de orden superior a su naturaleza. Así la piedra no produce peras, ni un peral palomas... sino que cada ser es engendrado por su semejante en naturaleza, y cada efecto nunca es superior a su causa.

Luego si nos encontramos con un cuerpo que produce efectos y operaciones en nada semejantes a él, sino de un orden mucho más elevado ¿no podremos asegurar la existencia de un superior principio? ahora bien:

V. ESE ESPÍRITU SE MANIFIESTA, 1.<sup>o</sup> *en sus actos transcendentales sobre los cuerpos*. Yo en mí observo acciones que trascienden las propiedades todas de la materia corporal. Yo *entiendo, quiero, elijo, domino*. Yo veo una piedra, un edificio, una catedral, y me elaboro una imagen, figura y representación suya, dentro de mí; y me la asimilo y la llevo conmigo en mi cerebro y allí permanece sin peso ni fatiga mía, durante días, meses, años...

Y de ese mismo modo yo me represento dentro de mí cuantas cosas corpóreas me place, despojándolas antes de su grosura, cantidad, limitación, y las hago caber en mí, aunque sean inmensas, y a millares y millones, sin ocupar siquiera un punto matemático y reducidas a una



sencilla idea o imagen impalpable, invisible que se llama *arte, belleza, ciencia...*

¿Estarán en mi cerebro todas estas cosas en su propio ser material corpóreo y por tanto extenso, pesado, limitado? No, sería locura pensarlo. ¡Ah! pues entonces se hallarán con otro ser distinto, contrapuesto a las condiciones de la materia; esto es; inextenso, sutil, inmaterial, insensible... lo cual llamaremos *espiritual*. Pero ¿quién elabora esa idea? ¿Quién la recibe y conserva? ¿El cuerpo? —No, imposible. Tendríamos el caso de un efecto superior en naturaleza a su causa. No puede ser el cuerpo grosero, palpable, extenso, sujeto inmediato y depósito eficiente de cosas tan sublimes y bellas. Es un espíritu que debe haber en mí.

ESÉ ESPÍRITU SE MANIFIESTA 2.<sup>o</sup> *en sus objetos espirituales*. Yo conozco y me represento objetos invisibles, espirituales, inmutables, eternos, que el cuerpo no puede alcanzar, ni sentir, ni tocar, cuales son la *verdad*, el *deber*, la *justicia*... Ninguna de éstas y semejantes ideas es extensa, ni larga, ni alta ni redonda... ¿Cómo conocerla, ni juzgarla, ni recibirla en lo corpóreo y extenso? No puede proceder de un principio *inmaterial*, como es el que anima a los brutos: ¡Cuánto menos de un principio corpóreo! El animal no juzga, no ratiocina, no conoce las ideas abstractas... El mono gusta de calentarse al amor de la lumbre, pero no se le ocurre aproximar un poco de leña para que no se apague... ¡Qué distancia al hombre!

ESÉ ESPÍRITU SE MANIFIESTA 3.<sup>o</sup> *en su independencia y señorío sobre el tiempo, sobre el espacio, sobre la extensión, sobre las distancias*.

Yo veo en mí una facultad asombrosa, que abarca todos los tiempos y se burla de las distancias y se identifica con los espacios inmensos... En un instante se remonta al principio de los mundos y contempla la formación, caída y castigo de Adán y Eva en el Paraíso, de



donde les vé salir sollozando para no volver jamás... Luego, avanza los siglos y se detiene ante la tienda de Abrahám a escuchar el diálogo contra las ciudades nefandas, y la salvación de Lot... Después se traslada al desierto y acompaña a los Israelitas ocultándose tras de aquella milagrosa columna a los ardores del Sol... Y sin detenerse dá otro salto de gigante y llega ante el portal de Belén y se postra para adorar aquel Niño con los pastores y los Reyes... le acompaña a Egipto... vuelve con él a Palestina... le oye predicar... le vé hacer milagros... le ayuda a llevar la Cruz hasta el Calvario, en que muere ese Hombre singular... pero ¡oh sorpresa inefable! Ese hombre resucita el día tercero después de su muerte... yo le veo salir rodeado de Angeles... y conversar con sus apóstoles, hasta que se eleva por fin a los cielos... y no me detengo aquí, sinó que dominando con mi pensamiento y mi imaginación los siglos venideros como los presentes y pasados, llego hasta el fin de los tiempos, de los mundos y de las distancias, y me parece oír la trompeta, que convoca a juicio a todos los mortales en un extenso valle, donde descende ese mismo Hombre milagroso precedido de la Cruz...

¿Qué os parece? ¿Será posible a un cuerpo grueso, material, pesado, circunscrito, limitado por la extensión ¿será posible verificar sin cansancio, ni fatiga, sin obstáculos ni dilaciones, en un instante, todas estas maravillas? No: es imposible. Tales operaciones superan toda limitación de tiempo, de espacio, de lugar, y sólo son comparables a las de un ser infinito. Es un espíritu.

ESE ESPÍRITU SE MANIFIESTA 4.º *en sus actos reflejos y presentimientos.*

Yo dirijo sobre mí mismo el pensamiento y conozco mis ideas y las examino y las juzgo y las apruebo o desapruebo... ¿podrá hacer esto el cuerpo material que es inerte y no tiene principio de acción sobre sí mismo, como vemos en una piedra o en un cadaver?



Yo oigo una voz que me aterra cuando intento obrar mal, y que me aplaude en mis buenas obras... ¿Será posible que la materia ciega oiga ni sienta semejantes impulsos?

ESTE ESPÍRITU SE MANIFIESTA 5.<sup>o</sup> *en su dominio moral, libre y razonado sobre el cuerpo.*

Yo siento en mí una inclinación irresistible hacia el bien, una aversión insuperable al mal...

Yo me veo llevado con preferencia hacia los bienes superiores al cuerpo, como son la virtud, la ciencia, el orden, el honor... de tal modo que en muchas ocasiones llegaría hasta sacrificar los bienes terrenos, todos, por conseguir otros superiores...

Y esta fuerza, que me impele en busca del bien, me *domina* de tal modo que se hace dueña de mis actos .. Pues sucede a veces que mi cuerpo busca el placer, pero ella s. le a su encuentro y le dice: «No, no puedes ahora gozar; has de padecer y sufrir»... Y el cuerpo se resigna y obedece ..

Y yo comprendo que ese *dominio* y señorío descrito no es despótico, ni ciego, ni determinado por necesidad insuperable, sinó que es *libre* y va precedido de una razonada deliberación y elección.

Por ejemplo: Yo veo un árbol cargado de hermosas frutas... Siento sed y los sentidos me llevan a gustarlas... Pero delibero y esa fuerza misteriosa, que hay en mí, dice: «No son tuyas; es preciso dejarlas»...

Yo siento y veo en mí la posibilidad de seguir la voz del deber o la voz de las pasiones... A veces daría como los mártires mis bienes, mi libertad, mi familia, mi vida, por defender una verdad o un acto de justicia... Otras por el contrario, me dejo llevar de la pasión y porque quiero, libremente, resuelvo conculcar un deber, contra los gritos de mi conciencia... ¿Qué es esto? ¿Habremos de decir que todo ello procede de la materia corporal? ¿Que son vicisitudes del cuerpo?



No: esa inclinación insuperable hacia el *bien moral*, hacia la virtud, pide un principio, superior al cuerpo, espiritual como ella.

*Ese dominio* absoluto sobre los actos y movimientos de mi cuerpo indica que hay un principio más elevado.

Esa elección definitiva entre el bien y el mal, entre lo agradable y lo provechoso, no puede proceder del cuerpo, que siempre obra igual y está regido y gobernado por leyes invariables, uniformes, necesarias y determinadas ciegamente a un fin... ha de tener por origen y causa un ser superior, que llamamos espíritu.

VI. DIFICULTADES. 1.<sup>a</sup> ¿*Que no le vemos?*—Cierto: Si le viéramos no podríamos ya llamarle espíritu, ni podría ejecutar cosas tan admirables.

—En los mismos cuerpos materiales tenemos analogías de los *espíritus* y de que contra ellos no vale el testimonio de los sentidos.

Si hubiéremos de juzgar el olor por la vista ¿qué diríamos? que era mentira el olor.—Si hubiéremos de juzgar de la luz o del sonido por el *tacto*, nos parecería *nada*, o imposible, la luz y el sonido... Fijémonos, pues, en que la misma, y mayor, incapacidad que tiene la vista para juzgar el sonido, tienen todos los sentidos para juzgar a un espíritu, pues a éste hay más distancia, que desde un sentido a otro...

2.<sup>a</sup> *Que no se comprende cómo es un espíritu?*—Cierto: Tampoco comprendemos cómo el pan se convierte en sangre nuestra, cómo el roce se convierte en luz, y una semilla en árbol... y ¿negamos esas cosas aunque no las comprendemos?

3.<sup>a</sup> ¿*Que ese espíritu sufre las vicisitudes del cuerpo* y por tanto debe estar subordinado a éste: por ejemplo: si estoy enfermo la inteligencia se oscurece...?—Cierto: pero tal influencia no quiere decir que se identifiquen ni estén subordinados *subjetivamente*, sino tan sólo en orden al objeto... También la cuerda del violín suena mal



cuando está rota o gastada... y nadie se atreverá por ello a decir que esté subordinado el hombre al instrumento en su ser... También la pluma rota no escribe, y nadie dirá que en ella está el talento... Así el cerebro es un instrumento del alma como la mano y la pluma lo es del cerebro. El alma depende de ellos *objetivamente*, para ejecutar sus funciones específicas, mientras está unida al cuerpo, pero no depende del cerebro ni del cuerpo para ser, pues que según hemos visto, supera su entidad a todas las fuerzas del cuerpo... Por el contrario: en los brutos no hallamos esa elevada superioridad del principio vital sobre el cuerpo y por tanto decimos que depende de éste en cuanto a la *operación* y en cuanto a la *existencia*. Su principio de vida es *inmaterial* pero no es *espiritual*: comienza con la materia orgánica y acaba con ella. No tiene razón de existir separado del cuerpo, porque es incapaz de ejecutar acción alguna *sín* el cuerpo. Toda su esfera de acción es «la vegetación y la *sensación*: ¿cómo darse la vida *sensitiva* sin el sensorio o cuerpo? Y si al ser debe seguir la *operación*, de no haber operación propia deducimos la carencia de ser *propio* o independiente del cuerpo...

Por el contrario, tenemos en el hombre el juicio, el raciocinio, la idea universal... que no necesitan del cuerpo para ejecutarse, de lo cual deducimos la independencia en el espíritu, no sólo en *cuanto a la operación sino por lo mismo* en cuanto a su existencia. Véamos ya lo que más nos importa:

VII. ESE ESPÍRITU QUE NOS ANIMA ES INMORTAL: 1.<sup>o</sup> *Por ser completo en el orden de la existencia*. ¿Qué es la muerte? Es la descomposición de un cuerpo orgánico, la separación de las substancias de un viviente, la disgregación de los componentes esenciales de un ser vivo.

Y por tanto: la muerte de un espíritu había de resultar:

De la *corrupción* y *disgregación* de sus componentes como sucede en el cuerpo humano.



De la separación del sujeto que le sustentara como sucede a los accidentes de las cosas, cuales son el olor, color, extensión... que desaparecen con el objeto que les sustentaba: y también sucede así con el alma de los brutos, que depende del cuerpo para ser.

De la acción violenta procedente de otro ser más poderoso que le destruyera o aniquilara; como el hombre destruye a una casa...: ahora bien;

El espíritu no puede morir por descomposición o corrupción, pues no tiene componentes ni esenciales, ni integrales o extensos.

No tiene partes esenciales o substanciales, porque como hemos demostrado por medio de sus *operaciones* y *objetos*, es un principio de acción *simple* y *completo*, y por tanto si se formara con dos substancias de esa especie, serían las dos completas y distintas contra lo que nos enseña la conciencia. Somos un viviente, no *dos*. En cambio al unirse con el cuerpo no resultan *dos* vivientes, porque el cuerpo no es substancia simple ni completa en orden a la vida, sino que recibe precisamente del espíritu lo que necesita esencialmente para vivir.

Pero el espíritu no recibe del cuerpo cosa *esencial* para su vida, sino que cumple su misión informando al cuerpo; y en este sentido decimos que es substancia incompleta, no en el orden del ser sino en el de la especificación. El espíritu destinado a la vida propia se llama *Angel*. El espíritu destinado a una vida común o unida esencialmente con un cuerpo, forma otra *especie* de viviente: el HOMBRE.

2.º *Por carecer de extensión.* Tampoco tiene partes o componentes integrales ni extensas el espíritu como queda demostrado con todas las pruebas de la espiritualidad... y por consiguiente no puede morir por disgregación ni corrupción.

3.º *Por ser subsistente sin ayuda de otro.* No puede morir el espíritu al separarse del cuerpo por aquello



de «quedarse sin sujeto que le sustente» pues el espíritu no depende del cuerpo en cuanto al ser: tiene, como hemos visto, operaciones independientes del cuerpo, aunque en algunas cosas se sirva de él objetivamente. La luz, con alcanzar una velocidad tan arrebatada, necesita *ocho* minutos para llegar del Sol a la tierra y siglos enteros desde algunas estrellas...; pero nuestro pensamiento llega en un instante y recorre todos los hemisferios austral y boreal, evoca las épocas más lejanas... sin necesidad del cuerpo para entender ni para existir. Y si en algunas operaciones se sirve de él como auxiliar, que presenta el objeto al espíritu, este objeto obra en el espíritu como el color en la vista. Nadie dirá que el color es quien vé ni quien sustenta a los ojos.

De este modo de obrar nuestro espíritu, *independientemente* del cuerpo, deducimos en buena lógica, su posible existencia sin el cuerpo. La operación es conforme al ser.

4.º *Por no haber quien le aniquile.* Réstanos que el espíritu pudiera morir a mano de una causa extrínseca y violenta más potente que él, en cuyo caso sería aniquilado. Pero hemos de averiguar primero si existe esta causa superior, esto es, Dios. Y después veremos cómo Dios no aniquila cosa ninguna de cuantas ha creado.

VIII. ESE ESPÍRITU INMORTAL UNIDO AL CUERPO HUMANO ES EL ALMA. Hemos visto ya las tres grandes prerrogativas del espíritu que informa, mueve, rige, gobierna al hombre: su *espiritualidad*, su *libertad y dominio*, su *inmortalidad* ..

Ellas constituyen la naturaleza del alma humana la cual se halla unida al cuerpo no como el vestido, ni como el mecánico al motor, sino lo más esencial e íntimamente que podemos entender, como que dá al cuerpo un ser substancial nuevo, que le constituye *hombre*, es decir, una naturaleza específica distinta del cuerpo y distinta del alma. El cuerpo solo no es el hombre. Ni el alma sola



es el hombre: son ambos unidos en esa nueva y específica naturaleza. Pero no nos empeñemos en ver, medir, pesar o palpar el alma, porque incurriríamos en la más grande necedad. Cinco médicos americanos han invertido seis años en hacer experiencias para averiguar la pérdida de peso que tiene lugar en el cuerpo humano al morir. Colocaban a los moribundos del hospital sobre unas balanzas de sensibilidad delicadísima para comprobar su peso, antes y después de la muerte.

Por este método descubrieron que en el instante de la muerte el cuerpo humano viene a perder unos treinta gramos. ¿Será este el peso del alma? ¡Qué necedad! Pues así como mi pensamiento o mi inteligencia no tienen peso alguno por ser espirituales, así tampoco el alma humana puede tener peso, ni extensión, ni medida por ser una substancia incorpórea que no puede caer bajo los sentidos del cuerpo, ni puede tener olor, figura, color ni peso.

Ahora comprenderéis qué debemos pensar de los que niegan al hombre su más precioso constitutivo, negando la espiritualidad o inmortalidad de su alma.

Son *insensatos*, que tienen el loco orgullo de contradecir a la razón, al buen sentido y al común sentir de todas las generaciones.. El *negar* es un acto de esa espiritualidad. Si reflexionaran algún tanto no podrían menos de ver la contradicción que existe en sus mismas palabras.

Son *criminales*, pues que se rebajan a sí mismos hasta un nivel inferior al del bruto, para vivir como éste... ¿si no para qué? — ¡Cuánto ingenio y cuánto tiempo habéis malgastado señor socialista, (decía un oyente) en demostrar que sois *bestia*, pues que decís no tener alma espiritual e inmortal. — ¡Basta, basta! dejadlo ya, pues os creemos sobre vuestra palabra...!

Son *desgraciados*, pues que con todas sus negaciones impías no evitarán verse al fin ante el tribunal de *un Dios*. ¡Sorpresa terrible! como veremos en la lección siguiente.



Por de pronto terminaremos ésta, adelantando la relación de un suceso histórico que confirma plenamente, con la evidencia de los hechos, todas las ideas expuestas; ocurrió en Nápoles durante la predicación del bienaventurado Francisco de Jerónimo, en los primeros años del siglo dieciocho, como puede verse con todas las garantías apetecibles en su proceso de beatificación.

«Predicaba un día el P. Francisco de Jerónimo en la plaza pública, y la muchedumbre movida de su palabra apostólica, derramaba lágrimas cuando de pronto oyóse tal ruido de voces confusas e instrumentos músicos que vióse obligado a interrumpir su discurso. Era en la casa de una famosa Catalina, mujer de vida escandalosa, donde se celebraba semejante fiesta, quizá para interrumpir la misión del Apóstol. Pero al siguiente día, predicando el Padre en el mismo sitio volvióse hacia la ventana de donde salieran los clamores de la víspera y exclamó: «¡Catalina, ¿en dónde estás?» La ventana se hallaba cerrada. Luego, dirigiéndose a la muchedumbre que le escuchaba dijo; «Venid», y al momento se dirigió, seguido de aquella muchedumbre dominada de palpitante curiosidad, hacia la casa de aquella mujer escandalosa. Suben hasta su habitación y la hallan muerta en su lecho ricamente adornado. Entonces el Santo repitió con fuerte y poderosa voz. «¡Catalina ¿dónde estás?» Finalmente el Santo, por tercera vez y con mayor fuerza y autoridad la dirigió esa misma pregunta y entonces vióse al cadaver levantar lentamente la cabeza, abrir los ojos y con voz espantosa clamar: «En el infierno, en el infierno, estoy en el infierno para siempre jamás.» Y el Santo repitió dirigiéndose, como exhortación la más patética, a aquella aterrorizada muchedumbre: «En el infierno para siempre jamás» Entretanto el cadaver volvió a cerrar los ojos y cayó de nuevo la cabeza helada sobre su lecho de muerte.» Hechos como éste hay muchos en los procesos de beatificación. Uno de ellos es suficiente a las almas sen-



cillas de buena fe para reconocer la inmortalidad del alma. Sin embargo nosotros le aducimos en último lugar, porque aquí nos dirigimos a personas que desean ver evidenciadas estas verdades en las luces propias de su razón, como hemos visto la de la espiritualidad e inmortalidad de nuestra alma.



## DIOS

—Dixit insipiens in corde suo:  
«non est Deus».

—Solamente el insensato se  
atreve a pensar: «no hay Dios».  
(Ps. XIII, 1.)

I. TENEMOS UN ALMA RACIONAL, que nos eleva infinitamente sobre el nivel de los brutos: no es posible negarlo. Vimoslo con luz meridiana en la precedente lección; hay en nosotros, además del cuerpo, una fuerza vital; superior a la materia orgánica y a los sentidos; un espíritu, que anima e informa al cuerpo, y que por su carencia de componentes materiales ni espirituales y por su propia subsistencia y dominio independiente de todas las otras criaturas, no puede deshacerse ni morir con el cuerpo. Tal es el alma, espiritual e inmortal por su propia naturaleza.

Pero ¿es tan cierta, tan irrefutable y tan clara la existencia de un Dios bondadoso y justiciero; es decir, un Dios que cuida de nosotros con cariño paternal en esta vida y que, lejos de aniquilar nuestra alma cuando muere



el cuerpo, resérvela para otra vida eterna, de premio o de castigo, según su comportamiento en la presente vida temporal? He aquí lo que hemos de averiguar hoy: asunto interesantísimo, cuya exposición comenzaremos, sentando la idea más generalmente enunciada en esa palabra soberana, Dios.

II. NUESTRA IDEA SENCILLA, NATURAL, ESPONTÁNEA, ACERCA DE DIOS. «¿Quién es Dios?» Así preguntaba un día, hace muchos siglos, el rey Hieron de Siracusa al célebre filósofo Simónides. Pero este pidió al rey un día de tiempo para pensarlo antes de contestar. Y luego pidió dos días más, y luego un mes. . Así fué aplazando la contestación hasta que en definitiva dijo al rey: «Cuanto más pienso en ello tanto menos llevo a comprender lo que es Dios», ¿cómo saber decirlo?

Y en verdad, sólo Dios u otro ser tan sabio como Dios, si pudiera haberle, sería capaz de conocer y comprender y explicar con exactitud la esencia divina. Pero no quiere esto decir que seamos incapaces de alcanzar alguna idea acerca de Dios. Antes bien, todos sin excepción, y sin esfuerzo de nuestra inteligencia, prescindiendo de todo auxilio sobrenatural y ateniéndonos a las luces de nuestra propia razón, todos poseemos una idea sencilla, natural y espontánea acerca de Dios.

—Todos nos figuramos a Dios como un *ser excelentísimo*, superior a cuantas cosas conocemos y admiramos; y de una perfección tal que no pueda ser alcanzada por otro ser alguno.

Un *señor* que no dependa de nadie ni en cuanto a la existencia ni en cuanto a las obras. Y en cambio, todos los otros seres hayan de estar a merced y órdenes suyas. Que El se baste a sí mismo y sea feliz sin mendigar bien alguno de los otros seres, y a quien todos hayamos de acudir suplicando un poquito de placer, que El no se niegue en otorgar...

Un *ser infinito*, es decir sin principio, sin medida, sin



fin en todas las perfecciones. Incomprensible y que todo lo comprenda. Invisible y que El todo lo vea. Grande sin extensión que le limite. Bueno sin calidad que le aminore. Inmenso más que los tiempos y los espacios...

Un ser tan *bueno* que no pueda imaginarse mejor, tan *sabio* que nada pueda ignorar, tan *justo* que nadie se pueda querellar, tan *poderoso* que su querer sea poder; tan perfecto, en fin, que en El se encuentren reunidas las perfecciones y excelencias de las criaturas todas, sin limitación ni sombra de imperfección: es decir, en el modo más eminente, como *principio* y *fin* de todas ellas...

Esta idea, imagen y concepto que todos tenemos casi espontáneamente de Dios—aunque no la sepamos exponer—es ni más ni menos la que tienen y dicen los niños: «Dios nuestro Señor es una cosa la más excelente y admirable que se puede decir ni pensar; un Señor infinitamente bueno, sabio, poderoso, justo, principio y fin de todas las cosas.»

Podrá haber algún insensato que se atreva a decir, «*no existe Dios*.» Pero que «Dios, si existe, haya de ser la cosa mejor...» esto no hubo hasta el presente quien lo negara, ni le habrá jamás. Porque sería negar a la palabra «*Dios*» su sentido universalmente aceptado de «excelencia suprema».

¿Pero es acaso la *existencia* de Dios tan conocida, tan clara e indubitable como su *esencia* y *naturaleza*, así entendida?

Para a'gunos pensadores ciertamente que lo es, según lo afirman, fundados en este sencillo raciocinio:

«Si Dios es la cosa más excelente que pueda pensarse ni decirse,—según todos reconocemos—; forzosamente ha de tener en sí la primera y principal de todas las perfecciones cual es la *existencia*. Pues sin ésta cualquier ser real sería mejor que El.» Otros dicen no entender ni concluir semejante evidencia.

Pero lo que no pueden menos de entender hasta las



inteligencias más obtusas y lo que no pueden negar ni aun los impíos más irreconciliables, son los *hechos* que vamos a exponer y de los cuales con luz esplendorosa se destacan como en inmenso cartel estas palabras «EXISTE UN SER CREADOR DEL UNIVERSO.»

III. SIN VER A DIOS PODEMOS CONOCER CLARÍSIMAMENTE SU EXISTENCIA. En efecto. Sería un error grosero o manifiesta mala fe la pretensión de «ver a Dios» para convenirse de su existencia ¿Habéis visto al artista que construyó vuestro reloj? ¿Sabéis cómo era? —Seguramente no. ¿Pero dudáis de su existencia?— ¡Ah! no. Porque le veis en los efectos y señales que en vuestro reloj dejó grabadas su genio, su habilidad, su acierto... ¿Veis la fuerza o fluido que ocasiona la luz? y no obstante deducís ser *algo* por sus efectos... De igual modo sabremos ciertísimamente que Dios *existe* si encontramos *efectos exclusivamente suyos*. Es decir, si hallamos seres tales que «*ni hayan existido siempre, ni se hayan dado la existencia a sí mismos, ni la hayan recibido de los hombres*, de aquí deduciremos con toda exactitud y buena lógica que existe otro *ser superior* a quien llamaremos Dios.

Será sencillamente el argumento del pobre árabe del desierto que antes de ver al salvador, que espera, acude ya presuroso a buscarle, en pos de sus *huellas*, como antes se escondió temeroso con solo ver las garras del león grabadas en la arena...

O en otros términos: no es posible darse un *efecto* sin *causa*: y por tanto una vez demostrada la existencia del *efecto*, será en vano pretender negar la existencia de su *causa*. Veámoslo.

1.º *Por la existencia de mi cuerpo conozco con evidencia la existencia de Dios*. Yo veo en mí un conjunto de carne, huesos, nervios, músculos, arterias, corazón, sentidos... es el *cuerpo*.

Yo siento en mí una fuerza que vivifica ese organismo



y le hace crecer, sentir, pensar, reflexionar, querer... es el *alma*.

Ahora bien. ¿De dónde me vienen a mí este cuerpo y esta alma? No incurriré en la locura de afirmar que yo existí *siempre*... ni que me di a mí mismo la existencia... No. Ni tengo conciencia de ello; sino que hace *cincuenta* años yo no *existía*... ni era posible darme yo la existencia, pues que antes de existir, yo era nada, no tenía brazos, ni fuerzas... Nada podía hacer.

—Pero la respuesta es sencilla; diréis. «Todos sabemos haber recibido de *nuestros padres* la existencia.»

—¿Cómo? ¿De nuestros padres *solos*?

—Ellos que no saben siquiera de qué se compone el *cuerpo* ¿han de haber ejecutado por sí solos, sin darse cuenta, con la más grosera ignorancia a veces, una obra tan maravillosa en orden, en complicación, en armonía, en eficacia de la cual decía ya el celeberrimo Galeno hace veinte siglos; — «Cien años os doy de término para estudiar el cuerpo humano y ver si sois capaces de conocer, cuanto menos de confeccionar, una obra maestra tan estupenda; con sus innumerables nervios y músculos; con sus doscientos sesenta pequeños y grandes huesos...»

¿Y nos atreveremos a decir que un hombre cualquiera, ignorante, inconsciente, sea capaz por sí solo y con su propia virtud de fabricar obra tan maravillosa? ¿O diremos que ella se ejecuta al acaso?

En la industria humana hay máquinas admirables donde se introduce un trozo de cáñamo, hilo, algodón; o tinta y papel, y lo veis muy pronto salir convertido en hermoso tapiz o deleitoso libro... ¿Diremos que la máquina sola con su exclusiva virtud ha producido esos efectos? ¿Diremos que tales obras han resultado al acaso? Todos suponemos y sabemos haber un *genio* inventor y director: es el hombre; y no un hombre cualquiera—y menos un ignorante e inconsciente—que ha inventado, ordenado y dirigido el complicado organismo de esa



máquina .. Esta es el instrumento de que aquel genio se vale para ejecutar su sabiduría, su habilidad, su poder..

¿Decidme ahora quien será el ingenio sapientísimo, inventor y director de la maravillosa fábrica del cuerpo humano? No es el hombre ni la mujer. Estos son instrumentos ciegos e inconscientes: tanto, en este caso, como la máquina lo es del tapicero o impresor. Debe haber aquí también, en esta obra generadora del hombre, un ser superior que haya colocado en nosotros esa virtud como en la máquina el ingeniero; y la dirige con acierto maravilloso. Pues el hombre no es capaz de inventar ni dirigir tales maravillas... Es Dios. ¿Por qué, sinó, el hombre no restaura su obra o la resucita cuando muere uno de sus hijos? ¿Por qué no impide que nazcan ciegos, cojos, mancos, lisiados como sucede todos los días? ¡Ah! No puede menos de confesar aquí su impotencia. Es que no ha *recibido virtud* para ello ¿De quién? De ese otro ser capaz de hacer lo que no alcanzan los hombres. De Dios.

No. Mis padres no han podido por sí solos organizar mi cuerpo. Ellos son instrumentos ciegos e inconscientes como la pluma lo es del escritor. Jamás nos atreveríamos a decir que en ella está el talento que dirige.

2.º *También mi alma me dice que no existiría sin Dios.* Porque si nuestros padres no son por sí solos capaces de construir mi cuerpo, ¡cuánto menos lo han de ser para darle vida, o crear mi alma?

Hemos visto ser espíritu nuestra alma. Y como tal carece de composición de substancias extensas, ni aun espirituales. Y por tanto el alma no puede proceder del cuerpo porque en este caso sería el alma extensa como el cuerpo, y no lo es.

Ni puede proceder del alma de nuestros padres, porque ésta es indivisible y no puede prestarse a otra ni en poco ni en mucho...

No resta, pues, sinó que el alma venga a la existencia real por creación, de la nada.—¿Y diremos que sean ca-



paces de crear algo de la nada nuestros padres? ¿Es decir, sin materiales, ni herramientas? Esto ya, como veis, es más difícil que hacer el cuerpo.

Mandad a un albañil que sin piedras, ni cal, ni material alguno, os edifique una casa, y se reirá de vuestra locura...

Es preciso reconocer la existencia de un ser capaz de dar la vida al alma sacándola de la nada con su poder eminentemente sobrehumano. Un ser que con su sabiduría incomparablemente superior a la del hombre sea capaz de organizar y animar al cuerpo humano. A este ser proclamaba y adoraba aquel celeberrimo Galeno mirando al hombre y diciendo humilde: *Tan marovillosa obra maestra, no puede ser obra de ningún hombre sino de solo Dios.*

3.<sup>o</sup> *Por la existencia del mundo conozco la existencia de Dios.* Yo veo y contemplo en derredor mío multitud innumerable de seres que componen el universo mundo. Los minerales, las plantas, aves, peces, animales, astros...

¿Habrán existido siempre? No, porque en tal caso el mundo tendría la razón de su existencia en sí mismo y por tanto ilimitada, sin que hubiera nadie que se la pudiera quitar ni mermar, esto es, infinita.

Así como es de razón del árbol *crecer*, y de razón de la piedra buscar el centro de gravedad, así sería de razón del árbol y de la piedra el *existir*, y por tanto jamás podría dejar de ser. Su existencia, así como no habría tenido principio, tampoco tendría fin. Era infinita. Pero una perfección infinita no puede radicar ni sustentarse fuera de una naturaleza infinita. Y una naturaleza infinita pide y exige por consecuencia todas sus perfecciones infinitas... Ved como hemos de negar al mundo el haber existido siempre, o hemos de conceder los mayores absurdos y contradicciones. Pues nuestros sentidos por experiencia cotidiana nos dicen que el mundo no es infinito en per-



fecciones sino que éstas son limitadas, transitorias, perecederas. El frío limita al calor, la muerte sigue a la vida; una montaña, un río, un árbol, un pez, un astro pueden desaparecer... ¿Por qué no han de poder desaparecer todos? Son de la misma naturaleza y por tanto están dentro de la misma posibilidad...

Pero lo que puede dejar de ser no es infinito. Ni tiene en sí la razón de ser, ni ha existido siempre, porque ha recibido la existencia, y entonces ha tenido principio. Tal es el mundo. Su limitación y contingencia demuestra no ser eterno. No puede decirse que se haya dado a sí mismo la existencia, porque antes de ser era nada... y la nada es ineficaz, no produce nada. Luego hemos de conceder que ha recibido la existencia de otro ser superior, eterno, inmutable, creador y conservador de todo lo existente; Dios.

El argumento precedente también está sin duda al alcance de todos. Basta reconocer que existe *algo*, para haber de confesar que *siempre existió algo*; sinó ¿cómo empezar la existencia?

Pero ese algo, que existió siempre, no puede ser el mundo, cuya imperfección y mutabilidad, y deficiencia de cada ser, vemos y palpamos. Luego es otro invisible; Dios. Así discurría, tan admirable como sencillamente, aquel campesino a quien el impío Carrier amenazaba con descristianizar al pueblo y hacerle olvidar de Dios derribando sus campanarios y evitando los cultos religiosos: «Por mucho que os pervirtáis, decía el campesino, jamás podréis borrar del cielo las *estrellas*. Estas nos bastan para leer en ellas el adorable nombre de nuestro buen Dios».

4.º *El movimiento incesante del mundo me dice que existe Dios.* Nadie puede negar que hay movimiento en el mundo. Giran los planetas en continuo movimiento, brilla la luna, resplandece el sol, brama el huracán, crecen las plantas...





Ahora bien. No diréis que este movimiento provenga de la composición material misma de los cuerpos. En ese caso, como es propio de la materia el gravitar, así sería el moverse. Y vemos lo contrario por experiencia; la materia es inerte. El reloj necesita un impulso para andar. Su movimiento termina con el impulso, que le sostiene. Dejadle quieto y así estará indefinidamente. Si el movimiento naciera de sí mismo no podría parar... ¿Decídmme, pues, qué gigante ha dado el primer impulso a los astros, que se mueven sobre nuestras cabezas?... ¿Quién sostiene en tensión esa misma fuerza para que no se debilite y acabe?... ¿Quién es el encargado de renovar la fuerza a los muelles de ese inmenso reloj, que llamamos universo mundo?

5.<sup>o</sup> *El orden, belleza y grandiosidad del universo nos hablan de Dios.* Contemplad el cuadro magnífico e inefable de la Creación.

El orden supone una inteligencia ordenadora. Una inteligencia que conozca la naturaleza de las cosas, sus propiedades, su aptitud, su fuerza, su resistencia, su virtud, y la aplique con acierto a los fines particulares en consonancia del fin supremo, universal...

Reunid una multitud, todo lo selecta que podáis imaginar, de materiales de construcción y dejadles abandonados a sí mismos esperando que ellos por sí se ordenen, se coloquen y constituyan un todo bello, armónico... ¡qué locura! diréis... Pues en tal insensatez incurren quienes pretenden un mundo tan ordenado, tan bello, tan grandioso, sin ordenador inteligente y poderosísimo que no le deje de su mano .. Este es Dios...

Si admiramos el talento de Neuton y otros sabios, tan sólo porque averiguaron algunas de las leyes que siguen los astros, ¿no habremos de admirar más a quien los construyó y les encarriló sobre ellas? Esto sería como dar importancia, admirar y premiar el talento de un artista porque nos descubría el mérito de una pintura o



de una escultura, y a la vez olvidar y hasta menospreciar al pintor mismo, al escultor de esa obra admirable...

¡Verdaderamente que es demencia inconcebible en sana razón la de los hombres, que por la hermosura, armonía y grandeza del universo no llegan a deducir la existencia del artista supremo. Dios! ¡Qué diferencia en los Santos, tan odiados y perseguidos, como retrógrados, por los ímpios! Ven aquellos una florecilla y exclaman encantados: *Calla, sí, ya te entiendo: tu me predicas la hermosura de Dios.*

6.º *La vida no puede proceder sino de Dios.* Hay vida en el mundo... Crecen las plantas, cantan las aves... muévase el hombre...

¿Puede esta vida proceder de la materia? No; pues en este caso todos los cuerpos serían vivientes...

¿Decís que procede de uno en otro?—Pero ¿cuál fué el primer viviente? Habremos de llegar a uno que no necesitara proceder de otro. Que tuviera la vida, *suya*. De lo contrario no existiría ninguno. ¿Cómo suspenderíais una serie indefinida de argollas sin *una* que las sustentara y de ella pendieran todas las demás? Ese Ser *primero*, cuya vida es *suya*, llámase *Dios*.

7.º *La conciencia nos dice claramente que existe Dios.* Todo hombre, lleva escrito en su alma un código de bien vivir, aunque no sepa de dónde ni cómo ha sido allí grabado. Y si no le respeta, siente remordimiento, siente temor. Pero a quién ha de temer por cosas íntimas? ¿A otro hombre? No; no es posible que las sepa. ¡Es que hay un Ser a quien nada se le puede ocultar... El es quien da voces calladas, pero eficaces, de censura o alabanza, en nuestra alma. Ese código es el de Dios.

8.º *Las generaciones todas, el furor, mismo de los ímpios, nos hablan de Dios.* Este presentimiento grabado en el alma ha llevado a todas las generaciones en busca de Dios para adorarle. No habrán acertado en el modo de adoración que Dios desea... pero todos han



reconocido su existencia en el hecho mismo de prestarle su obsequio y adoración. No hubo jamás pueblo ni nación alguna que no tuviera y proclamara sus Dioses...

Hasta al mismo impío descubre y hace traición este pensamiento inconsciente de la divinidad, pues cuando se ve en algún peligro le oíreis clamar ¡Dios mío! o vomitar una blasfemia horrible cuando ya se siente herido... ¿A qué blasfemar de quien no existe? ¿A qué pedir auxilio de quien no tiene ser? ¡Esto desearía la voluntad pervertida huyendo del castigo merecido, pero es inútil! se sobrepone la misma naturaleza con sus voces insuperables. Por esto Dios es el más popular de todos los seres. El pobre le llama, el moribundo le invoca, el malvado le teme, el hombre honrado le bendice...

¿Qué más? La misma rabia de los malvados, como la creencia de los buenos, es una prueba palpable de la existencia de Dios...

Y para concluir, como resumen de esta verdad decidme: ¿quién pensaréis ser el autor del nido fabricado por el avecilla? examinad el hecho sencillísimo de un jilguero haciendo su nido y veréis a Dios. Decidme. ¿No se necesita inteligencia para hacer un nido tan bien hecho?— Sí. —La tiene el jilguerillo? —No: Pues si él dirigiera y conociera lo de la extensión y blandura que necesitaba el nido, también conocería que colocándole tan bajito, peligraba por el alcance de los traviesos niños... No lo ve. Es que el conocimiento e inteligencia que le dirige es de otro y le da la que quiere... ¿Quién? ¿el hombre? No: ¿quién, sino Dios?

Hemos visto que sólo un Dios omnipotente es capaz de haber criado los seres tan admirables y numerosos que por doquier contemplamos; es clarísimo como la luz del día.

El empeño de los incrédulos ha dado en todos los



tiempos ocasión a escenas como la siguiente. «Jamás hubiera creído ser el único que no cree en Dios entre tantas personas inteligentes, decía un incrédulo al ver que nadie asentía a sus bárbaras exposiciones. Pero la dueña de la casa le contestó: «Os equivocáis: no sois el único, mis caballos y mis perros comparten con vos ese honor: mas tienen siquiera el talento de disimularlo y no jactarse de ello.»

Pero ¿se cuida Dios de nosotros? Sí.

IV, ESTE DIOS EXCELSO CUIDA DE NOSOTROS. ¡Qué consuelo tan inefable! Tanta es la necesidad de que no nos olvide que si un instante nos dejara de su mano quedáramos al punto reducidos a la nada de donde salimos.

La casa después de edificada se sostiene sin el arquitecto, porque no ha recibido de éste *todo el ser*, que ella tiene, sino tan sólo el orden, la colocación, la figura... Las piedras existían ya independientes del albañil o arquitecto antes de ser allí colocadas: y lo mismo existirán sin ellos donde las coloquen. Pero nosotros, antes de ser *edificados* éramos nada. Hemos recibido de Dios *todo* lo que poseemos: lo mismo el ser que la figura y el orden y la colocación y la existencia... No tenemos cosa propia en que apoyarnos sin Dios: las piedras sí, tienen algo en qué apoyarse sin el arquitecto: nosotros no. Por esto sin Dios no somos nada; y si El se olvidara de nosotros, volveríamos a la nada, como el arroyuelo sin la fuente, como la luz sin el Sol.

V. DIOS CUIDA DE NOSOTROS CON PROVIDENCIA PATERNAL. Que este cuidado y providencia de Dios sobre nosotros es en extremo paternal pruébanlo en cada instante los beneficios, los dones y regalos con que sostiene y recrea nuestra vida. Ninguna criatura es excluida de esta bondadosa solicitud divina.

Dios es quien durante la noche sostiene los latidos de nuestro corazón para que no se apague la vida. Dios es quien nos dá la luz que nos alumbra; las mieses, plan-



tas y árboles que han de servirnos de alimento y vestido... Dios es quien ha poblado la tierra de miles y millones de animales, de aves, de peces... Menos difícil sería contar las estrellas del cielo o las arenas del mar que los beneficios de Dios... pues todas, todas las cosas que nos sustentan y recrean vienen de su benéfica mano.

Ni podía ser de otra manera. Dios no sería *sabio* sobre todos los seres, si no *conociera* los medios por donde cada uno de ellos, ha de alcanzar el fin para que fueron criados.

—Dios no sería *omnipotente* si—conociendo esos medios—no pudiera dar'es la virtud de llegar al fin.

—Dios no sería *bueno* si no *quisiera* dar a sus criaturas esos medios y virtud, haciéndolas así padecer con una vehemente inclinación, que nunca hubiera de ser cumplida...

Negar esos atributos a Dios, negar que es *sabio*, *omnipotente* y *bueno*, sería negar a Dios. Y por tanto aunque no entendamos cómo lo hace, hemos de reconocer que Dios obra en todas las cosas con esos tres inefables atributos, que son los que sostienen al mundo—como tres dedos divinos—y constituyen su bienhechora y admirable Providencia.

Pero vengamos ya a nuestra última parte o sea la que se refiere a la conservación o aniquilación de nuestra alma después de la muerte del cuerpo.

VI. DIOS NO ANIQUILARÁ A LAS ALMAS. Vimos en la lección anterior cómo el alma es inmortal por su naturaleza, ella por sí no puede morir, y decíamos: Unicamente puede aniquilarla Dios reduciéndola a la nada. Pero ¿lo hará así? Tal es el asunto a ventilar ahora, mirando a la misma providencia de Dios, a su justicia y a su santidad.

Dios no puede querer el aniquilamiento de nuestra alma. Dícelo así nuestro insaciable deseo de vivir: nuestro espontáneo horror a la muerte, nuestro anhelo de felicidad completa. Dios sería un tirano si nos hubiera



dado una aspiración imposible de alcanzar, tormento inútil... Hemos quedado en que Dios no puede abrigar mal alguno.

Cuando recorramos las Sagradas Escrituras veremos cuántas veces nos confirma El mismo en tal creencia de que jamás aniquilará cosa alguna de cuanto ha criado, con palabras tan solemnes y expresivas como éstas: «Irán los malos a un suplicio eterno: y los buenos a una vida eterna». (Malh XXV. 46).

VII. LAS RESERVA UNA ETERNIDAD DE PREMIO O DE CASTIGO. Lo contrario indicaría en Dios *impericia, impotencia o mala voluntad*. Criar un ser de suyo inmortal como es el alma y aniquilarle luego sería como decir:

O que se equivocó el artista y no resultó el alma apta para el fin a que le destinaba y por ello la destruye, como el carpintero a la pieza mal trazada o ejecutada.

O que no la dotó de los medios convenientes.

O que el alma se resiste, se pervierte y Dios no sabe repararla...

O que se burla de esos deseos de inmortalidad y gozo que El mismo grabó en ella... Todas estas serían blasfemias contra Dios... Y por tanto hemos de concluir que es voluntad certísima de Dios no aniquilar al alma sino conservarla en el ser eterno, que ella desea. . Así lo entendieron todos los pueblos y lo confesaron a su manera y según su ilustración en la ciencia de Dios.

Unos incluían víveres en las sepultura: otros monedas... otros inventaban infiernos mitológicos, transmigraciones a los animales... y mejor que todos ellos la Iglesia santa, exclamando con Job. «Somos los hijos de los Santos y esperamos aquella vida eterna con que Dios nos ha de premiar».

Pero la razón principal de esa vida eterna para el alma es ser Dios *justísimo y santísimo* y que por tanto debe retribuir a cada uno según sus méritos.



En este mundo no se ve tal retribución pues los impíos en alas de su libertinaje y con su falta de escrúpulos, se apoderan de todos los mejores bienes sociales y prosperan sin cesar... Pero los virtuosos vénse oprimidos con las mismas trabas de la virtud y han de sufrir y callar... ¿Diremos que Dios no ve? Un Dios ignorante no es Dios.

¿Diremos que le importa poco? Entonces no sería bueno.

Pues ¿cómo no los defiende, cómo no los separa y los premia o castiga ahora?

—No hay otra consecuencia, sinó la esperanza en otra vida: y que esa vida sea eterna para que siga siempre la diferencia esencial, que la justicia pide, entre el bueno y el malo.

—¿Decís que parece repugnar a la bondad infinita de Dios infligir un castigo eterno?—Antes al contrario, así lo pide esa misma bondad como la justicia: que el pecado eterno sea castigado eternamente; pues no habéis de olvidar que es *eterna* la rebelión de quien, al morir, elige consciente y obstinado esa rebelión eterna. Por lo demás si tenemos paciencia o curiosidad, o mejor, el buen deseo de instruirnos en las verdades religiosas, ya veremos los esfuerzos infinitos que nuestro Padre amantísimo hace para vencer la rebeldía del hombre y evitarle así el eterno castigo.

IX. EJEMPLO HISTÓRICO. Entre tanto oíd este suceso horrible acaecido en Cayena poco después de la matanza de Lyon en 1793. Trátase del impío Callot D' Erbois desterrado a Cayena y que con ira satánica renegaba de cuanto hay más santo. Como viera santiguarse a un soldado le dijo: «¡Imbécil! ¿Crees todavía en Dios, en el cielo, en el infierno, en la eternidad? ¿No sabes que son invenciones de la maldita raza clerical?» A poco cae enfermo... El infeliz se siente como arder en el fuego y con dolores espantosos. Invoca a Dios y a la Virgen y



llamaba a un Sacerdote. Pero aquel mismo soldado que le oye, dícele ahora ¿cómo? ¿Tenéis miedo de Dios y del Infierno? ¿No me decíais que eran invenciones clericales?...

— «¡Ah! — contestó el desventurado; *quería con los labios engañar y sosegar al corazón*». Y después de breves instantes, vomitando sangre expiró desesperado.

¡Cuánta verdad es que hay en los Cielos un Dios, que cuida de nosotros con cariño paternal y hace esfuerzos maravillosos de amor para atraer nuestra alma al cumplimiento del deber! ¡Pues es Padre amantísimo y sabe muy bien que después de ésta, sigue una vida eterna!



## LA IGLESIA

— Qui vos spernit, Me spernit.

— Quien menosprecia a la Iglesia, menosprecia a Dios.

(Luc. X-16.)

I. TENEMOS UN ALMA INMORTAL. HAY UN DIOS QUE NOS VE Y NOS HA DE HEJUZGAR. mos visto en la lección precedente cómo existe en los Cielos un Dios Soberano, Criador y Conservador de todas las cosas existentes; que no puede olvidarnos ni abandonarnos, sino que con paternal solitud cuida de nosotros: y que al fin han de darnos una retribución eterna, como lo es, y como lo anhela nuestra alma: retribución de premio y gozo si hemos correspon-



dido a sus deseos; de castigo y dolor, si rebeldes nos hubiéramos empeñado en resistir a sus mandatos.

Ahora nos toca averiguar «cuáles son las leyes y mandatos de Dios: qué hemos de hacer en esta vida para darle gusto y evitar su enfado y su justa ira».

II. ¿PODEMOS CON CERTEZA SABER QUÉ PIDE Y DESEA DIOS DE NOSOTROS? 1 Sí. *Dios había de dar leyes a todas las criaturas*. Esto no puede dudarse, pues todo agente obra por algún fin, y conforme a la naturaleza de tal fin designa los medios más eficaces para su consecución. Obrar de otro modo es propio de un necio de un demente o de un insensato. ¿Cómo Dios había de obrar la creación sin finalidad alguna?

Pero ese fin necesario no podía ser una criatura a la cual destinara Dios la creación, como fin *supremo* y último: pues en este caso quedaría Dios, con toda su obra supeditado y subordinado a esa criatura, exactamente como los *medios* están siempre subordinados al *fin*... Y hemos quedado en que por cima de Dios no puede haber cosa alguna: es Dios lo más excelente y admirable...

Por tanto el fin de la obra de Dios no puede ser otro, sino el *mismo Dios*. Pero ¿en qué sentido? ¿es que pretenderá Dios adquirir algún bien intrínseco, nuevo, que aumente su propia excelencia y su gloria? —No: Dios tiene en sí *todos los bienes*, que es *posible* gozar y poseer.

El fin de Dios en la creación no puede ser sino *complacer a su benevolencia infinita*, comunicando a otros seres algo del bien, *que El* atesora, para hacerlos también felices, y de esta beneficencia de Dios resultará la *gloria externa* de Dios, que consiste en el conocimiento de las perfecciones divinas, así manifestadas a las criaturas, con la alabanza consiguiente de éstas a su infinito y excelentísimo Señor.

Ahora bien: una vez determinado el *fin supremo* de las criaturas, Dios había de señalar los *medios* conducentes y eficaces a su consecución, es decir, había de or-



denar, mandar, imperar a las criaturas para que ejecutaran su deseo y celebraran su gloria, la gloria de Dios. Esas órdenes, esos mandatos de Dios a las criaturas son lo que llamamos *leyes divinas*.

2. *Tales son las leyes físicas y morales que rigen el Universo*. Contemplad un momento la realidad y hallaréis como no hay criatura alguna que carezca de esa divina ley y ¡qué bien la cumplen todas! el Sol nos ilumina: la tierra nos sustenta, las flores nos recrean... Y esas leyes que rigen y gobiernan al universo mundo, en conjunto y en cada una de sus criaturas, se hallan maravillosamente acomodadas a la condición particularísima de ellas.

En las criaturas inanimadas se cumplen necesariamente a modo de inevitable ejecución: así la piedra se halla impelida forzosamente por el peso al centro de gravedad, el fuego a quemar, la luz a brillar...

En los animados cúmplense esas leyes también de modo necesario, pero alumbradas y guiadas por un asomo de razón que se llama *instinto*. Así de modo admirable fabrican sus nidos, y defienden a sus hijuelos y sirven a sus amos...

Pero en el hombre, que es el Rey de la Creación y fué destinado por Dios a recoger todos esos beneficios y dones acumulados en las criaturas inferiores para ofrendárselas a su Dios en tributo de adoración suprema y para ejecución del fin último que era dar gloria al Creador... en el hombre quería Dios que ese tributo fuera *libre*, no impuesto por la naturaleza, nacido de la gratitud y del reconocimiento y del amor... Para esto había de darle otras leyes, que no forzaran su voluntad, que manifestaran el deseo de Dios y suavemente solicitaran del hombre su cumplimiento libre y amoroso... Estas son las leyes que llamamos *naturales* y *morales*, para distinguirlas de las otras leyes *físicas* y *ejecutivas* en los seres inanimados; y *físicas* e *instintivas* en los irracionales.



les. Todas ellas componen la *ley eterna* que es en definitiva *la misma voluntad de Dios imperando a sus criaturas lo que han de hacer para conseguir el fin que las señaló al criarlas*. Y respecto del hombre esos mandatos se llaman LEY NATURAL porque están grabados en la misma naturaleza del alma y su razón las vé allí escritas y hasta tiene un pregonero infalible e incansable que se las anuncie y recuerde oportunamente; *la conciencia*.

III. LA LEY NATURAL ES PARA EL HOMBRE LA PRIMERA Y ESENCIAL MANIFESTACIÓN DE LA VOLUNTAD DIVINA. Con el nombre de ley natural entendemos el conjunto de mandatos o leyes que contienen y dictan la voluntad de Dios respecto del hombre.

Esas leyes habían de infundir respeto hacia la excelencia suprema de Dios, pues ¿cómo consentir Dios que el hombre se burlara de El?

Habían de tender a santificar y beatificar al hombre, pues así lo pedía la bondad infinita de su Creador.

Habían de fundar y sustentar la paz entre los mismos hombres, como medio necesario para esa felicidad y para la misma vida.

Habían de anunciar, en fin, a cada uno el premio o castigo que mereciera su leal o rebelde correspondencia...

Y en efecto, sin que nadie nos las enseñe, sin esfuerzo alguno de nuestra inteligencia, sin necesidad de gran talento ni atención, todos vemos grabadas tales leyes en nuestro mismo corazón y en nuestra inteligencia, que espontáneamente nos avisan de parte de Dios diciéndonos: *Has de adorar y temer a Dios tu Criador y tu Juez Supremo.—Has de respetar a tu prójimo, no haciendo a él lo que para ti no quieres.—Has de dominar tus pasiones para que éstas no se apoderen de tu alma y te embrutezcan.—Si eres dócil a estas voces recibirás premio: si eres rebelde, sufrirás castigo...* Dios podía haber impuesto estas sus leyes a los hombres de modo ineludible y necesario como a los minerales, a las



plantas, a los animales... pero no era ese el plan de su Providencia actual. Dios quería que el hombre le sirviera y le amara *libremente* para darle el gozo y la gloria como *premio*... Y a fin de que se pudiera realizar este mérito, le dió la posibilidad *física* de querer o no querer, de hacer o no hacer lo que Dios deseaba. Pero a la vez dotó su alma de una potencia intelectual que viera *cuál* era lo *bueno*, lo provechoso, y así se lo aconsejara a otra potencia, a la voluntad, en la cual residiría la decisiva inclinación a practicarlo.

TAL ES LA LEY NATURAL. Voz de Dios que a *todos* los hombres y en *todos* los tiempos nos dice cuál es nuestro fin, y qué hemos de hacer para dar gusto a Dios y para evitar su enojo. En este sentido decía San Francisco Javier a unos paganos que le preguntaban si sus padres estarían en el infierno o en el cielo, pues no habían oído las predicaciones para conocer a Dios.—Nadie, decía el Santo, deja de ser responsable ante Dios, aunque sea un salvaje, ni haya oído predicar la doctrina cristiana, porque tiene todo hombre en su misma razón un pregonero de la voluntad y del deseo de Dios: «Si vuestros padres obraron siempre según los dictámenes de la razón, están en el cielo; pero si obraron contra ella, se condenaron». No importa que también oiga el hombre en sí otras voces contrarias, nacidas, no de la razón y de la ley natural, sino de las pasiones: pues se diferencian bien unas de otras en sus líneas supremas: éstas nos dicen claramente cuales son buenas o de Dios, y cuales son malas.

He aquí cómo lo explicaba natural y admirablemente cierto salvaje ante un misionero:—Desde que me dió usted la harina, decía el salvaje, siento dentro de mí una lucha como de dos hombres distintos; uno bueno y otro malo, están peleándose toda la noche. El bueno me dice: ese dinero que has hallado en la escudilla de harina no es tuyo, devuélveselo al padre.—El hombre malo me dice: Como el padre te regaló la harina, también con ella te



habrá regalado las monedas; gástatelo en aguardiente». — Pero yo no me quedo tranquilo, si no lo devuelvo. Tómelo usted».

Es la voz de la ley natural; voz de Dios que intima sus deseos a todo hombre:

—Esta ley natural, si bien en sus preceptos primarios y capitales ni puede ser olvidada, ni puede ser corrompida, pero no así en lo que se refiere a sus consecuencias y aplicaciones prácticas a la vida real. Ese otro hombre, como decía el salvaje, son las inclinaciones malas, las pasiones desordenadas de nuestro cuerpo y de nuestra misma alma que inducen sin cesar a la razón en favor suyo y de hecho la ofuscan y la llevan a cometer los mayores absurdos y disparates, como observamos en los mismos salvajes de buena fe. Para impedir estos errores, para ayudar a la buena voluntad, se necesitaba una *aclaración*, una *ratificación*, una *aplicación* frecuente de la ley natural hecha por el mismo Dios.

Por otra parte. Cuando Dios formó de un poco de barro el cuerpo del primer hombre y le animó con el espíritu, infundió en éste por bondad inefable dones altísimos, que elevaron su naturaleza a un orden superior y la dieron derecho a premios sobrenaturales, pero a condición de que esos premios fueran conquistados con la práctica de otros preceptos también más sublimes y perfectos.

Por ambos motivos se necesitaba otro lenguaje divino más minucioso y perfecto que el de la Ley natural. . Dios no podía faltar en lo necesario y no faltó.

IV. DIOS MANIFIESTA AL HOMBRE SUS DESEOS POR OTRO MEDIO MAS EXCELENTE, LLAMADO REVELACIÓN. Dios *habló* con nuestros primeros padres y patriarcas, Adán, Noé, Abrahám, Isaac, Jacob, Moisés... dándoles sus Mandamientos escritos en dos tablas...

—Dios habló más adelante a Samuel, a David, a Salomón, a Elías a los Profetas...



Dios llegó hasta enviar del cielo a su Unigénito Hijo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, hecho hombre, para que viviera con nosotros y confirmara y ratificara todos los escritos de nuestros primeros padres, patriarcas y profetas mencionados; y para que El ampliara hasta la suma perfección las leyes divinas, enseñándonos así cuáles son los deseos de Dios, los medios de realizarlos y el galardón eterno prometido... Este lenguaje de Dios, sobrenatural, sobreañadido a la ley natural, al conocimiento propio de la razón; esta manifestación de la voluntad de Dios hecha a los hombres por medios extraordinarios con el fin de instruirles en lo que deben hacer, para conquistar su gloria, es lo que llamamos REVELACIÓN, que quiere decir así, como retirar el velo o cortina que nos impedía ver y oír a Dios para que contemplemos y conozcamos algo mejor su verdad y su voluntad divinas.

—¿Será posible tal dignación, dicen los ignorantes, que el pueblo todo pueda conocer con seguridad, con exactitud, esa voluntad y mandatos de Dios?

He aquí una maravilla que se verifica diariamente y apenas si muchos hombres se dan cuenta, pues que no acuden a aprovecharla. Dios habla a su pueblo y le comunica sus deseos, sus ruegos, sus mandatos, sus premios y amenazas, todos los días.

V. ¿POR DÓNDE LLEGA HASTA NOSOTROS ESA REVELACIÓN? Por medio de la Iglesia, por medio de los Párrocos, desde la Cátedra sagrada.

Quien a ellos oye, a Dios oye. Quien a ellos menosprecia, a Dios mismo menosprecia...

En nombre de Dios hablan. Palabras de Dios son las que profieren: la paz y guerra que ellos anuncian es una paz o guerra eterna...

Pero diréis: *¿quién nos garantiza ser palabras de Dios*, manifestaciones de esa revelación, las enseñanzas que nos dirigen los párrocos? ¿Quién, diréis, nos asegura



ser verdad cuanto nos enseñan los Párrocos? ¿Es que acaso Dios habla a ellos mismos? ¿Es que no pueden engañarse o querer engañarnos?

No: no es que Dios mismo se aparezca y hable a sus Sacerdotes y ministros los párrocos, enseñándoles cuanto han de predicar. Es que ellos saben dónde está la palabra de Dios, la revelación aquella que Dios hizo a Moisés, a David... y la que nos hizo su Hijo divino Jesucristo; y la estudian y aprenden y la exponen al pueblo con *fidelidad*...

Porque tienen un *Maestro* que no les deja equivocarse. Tienen un *custodio* y *vigilante* que no les permite engañar...—Es la Santa Iglesia: esto es, los señores Obispos, el Romano Pontífice.

Y ¿quién nos garantiza, añadís, la veracidad de la misma Santa Iglesia?—Tan firme es el testimonio de la Iglesia como la misma verdad de Dios. La asistencia divina a la Iglesia docente para que no se engañe ni pueda engañarnos está demostrada por los *hechos* siguientes:

a) Los milagros que se verifican con tanta frecuencia en Santuarios, como Lourdes, y en otros actos del culto católico. Dios no podría apoyar a la Iglesia con sus milagros si ella enseñara el error.

b) El milagro patente y estupendo de la propagación y conservación del culto y de la doctrina católica, a pesar de ser combatida por todas las autoridades, pasiones y fuerzas terrenas y sin otro apoyo que su misma virtud que es la del cielo.

c) El milagro manifiesto de su doctrina santa, único remedio capaz de suavizar todas las miserias y tribulaciones de esta vida...

d) El valor de tantos mártires que con su sangre sellaron la fe en esa asistencia divina.

e) La garantía principal de la veracidad de la Iglesia en todo cuanto nos enseña en nombre de Dios es que Je-



sucristo antes de subir a los cielos la fundó en sus Apóstoles como representantes suyos diciéndoles:

«Id y enseñad a todas las naciones: predicad el Evangelio a todas las criaturas. Bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñadles a observar todas las cosas que yo os he mandado. Y *mirad que yo estoy con vosotros, todos los días, hasta la consumación de los siglos*».

Y antes dijo a uno de sus Apóstoles, a Pedro. «Tú eres Pedro y sobre ti como sobre piedra fundaré mi Iglesia y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella». «Todo lo que mandares sobre la tierra será ratificado en el cielo...» Y luego volviéndose a los fieles todos, e intimándoles estas nuevas leyes, les dice refiriéndose a sus ministros y representantes: «El que creyere será salvo: el que no creyere será condenado». Quien a vosotros oiga, a Mí me oye. Quien a vosotros desprecie, a Mí me desprecia». (Math. XXVIII. Marc. XVI. Math. XVI).

Ahora bien: Si pudiera darse un caso en que los Apóstoles o sus sucesores nos engañaran, resultarían falsas esas promesas de Jesucristo porque en ese caso no eran *palabras suyas* ni enseñanzas suyas. Jesucristo no estaría ya con su Iglesia. Las puertas del infierno habrían prevalecido contra ella... Todo esto es imposible. ¿Por qué? Porque JESUCRISTO ES DIOS y no podía por tanto ni engañarse ni engañarnos. He aquí el fundamento supremo de la verdad católica, de la infalibilidad de la iglesia y de la moral cristiana.

VI. LA SUPREMA GARANTÍA DE LA VERDAD CATÓLICA, APOSTÓLICA, ROMANA ESTÁ EN QUE JESUCRISTO ES DIOS. He aquí el fundamento irrefutable de la verdad religiosa contenida en la revelación. Mas *¿cómo podremos saber con toda certeza si JESUCRISTO ES DIOS?* No hay verdad alguna que tenga mayor número y claridad de pruebas, las cuales se



fundan en hechos reales; por tanto, basta para convenirse leer la historia de su vida.

Jesucristo se presentó ante los hombres diciendo que era Dios. Los hombres quedáronse pasmados ante tanta audacia, pues no podían comprender que todo un Dios llegara a humillarse tan profundamente... y terminaron por quitarle la vida como un castigo a su sacrílega afirmación y como defendiendo el honor de Dios. Hasta aquí parecen tener razón aquellos celosos judíos...

Pero es el caso que no quisieron ver, cegados por su soberbia, que cuando Jesucristo afirmaba ser Dios, lo demostraba con los más estupendos milagros: milagros en el mar que se endurece bajo sus plantas; milagros en la tierra que tiembla en la hora de su muerte; milagros en el Sol que se oscurece sin nubes en pleno día; milagros en el aire pues calma con una suave voz la más brava tempestad; milagros en los hombres, curando a los ciegos, cojos y paralíticos: convirtiendo a los pecadores, resucitando a los muertos; milagros en los cielos que envían sus ángeles a celebrar su nacimiento y su gloria y a confortarle en su pasión; milagro supremo el de su Resurrección. Pues Jesucristo resucitó de entre los muertos al tercer día como lo había predicho...

Todos estos y otros muchos milagros están reconocidos por la historia de aquellos tiempos; pueden verse y examinarse...

Ahora bien: siendo tan indubitable que semejantes maravillas no son posibles a las fuerzas naturales del hombre, supongamos por un momento que Jesucristo no fuera Dios. En este caso habríamos de decir con los judíos que era un falsario, un engañador, un sacrílego... ¿Pero cómo explicamos sus milagros? ¿Serían con la ayuda del demonio? No; porque predicaba la guerra y odio tenaz e irreconciliable contra el demonio. ¿Sería con la ayuda de Dios? En este caso Dios ayudaba y cooperaba a la más horrible y funesta mentira!



Siendo imposibles y absurdos tales extremos no hay otra solución, sino confesar que Jesucristo era Dios, como El lo decía y como lo demostraban sus milagros.

En verdad: Jesucristo nació como Hombre-Dios, adorado de los Angeles, sin padre: de Madre-Virgen, anunciado por los mismos cielos...

Jesucristo vivió como Hombre Dios. No ha sido posible hallarle defecto alguno y ¡tuvo tantos enemigos!

Jesucristo habló como Dios. Véanse sus Evangelios.

Jesucristo murió como Hombre Dios es decir: cuando *quiso*, porque *quiso* y como *quiso*.

Jesucristo resucitó como Hombre-Dios. Esta era la prueba suprema, el sello prometido a todos sus milagros.

Tales obras no son posibles a hombre alguno: son obras de Dios. Y si alguno dudara acerca de la verdad histórica o *realidad* de esos hechos y vida de Jesucristo y no quisiera fiarse de la *tradición*, lea la *historia* escrita por los mismos Apóstoles que presenciaron esa vida y esos milagros de Jesús, que se llaman los Evangelios. Y si agotando todas las suspicacias, como es justo, me preguntáis:

VII. ¿QUIÉN NOS GARANTIZA LA VERDAD HISTÓRICA DE LA VIDA Y DE LOS MILAGROS Y DOCTRINA DE JESUCRISTO? No hay cosa más fácil. Los cuatro libros en que se narran los hechos y doctrinas de la vida de Jesucristo y se llaman *Evangelios*, fueron escritos por dos apóstoles de los que acompañaron al mismo Jesucristo en los tres últimos años de su vida mortal: y por dos discípulos de estos mismos apóstoles que vieron y oyeron a Jesucristo y son: San Mateo y San Juan, San Marcos y San Lucas. Demuéstrase en su lugar correspondiente que estos libros son *auténticos, íntegros y verídicos*; y por tanto no puede negárseles la certeza propia de la historia.

Pero no se necesitan tales pruebas, pues la más elocuente es que nadie se atrevió jamás a negar la verdad histórica de los hechos atribuidos a Jesucristo. Los ene-



migos de la Iglesia discutieron su trascendencia, su valor, su autoridad *divinas*. . pero nunca se atrevieron a negar los hechos mismos.

Esto nos basta. Pues su autoridad y valor no ha de tomarse de la historia humana, que nos los transmite, sino de los sellos sobrenaturales que los garantizan, cuáles son los milagros: así como al recibir un pliego del Rey por mano de un mensajero no dais al pliego la fe y autoridad de este mensajero, sino la que merece y pide el sello real que le acompaña .. Podemos, pues, como resumen de todo lo dicho, sentar a modo de pilar firme de nuestra fe la verdad siguiente:

DIOS HABLA A LOS HOMBRES, VALIÉNDOSE DE LA IGLESIA FUNDADA POR JESUCRISTO. Dios grabó en el alma del hombre un anuncio de sus principales deberes para con Dios para consigo mismo y para con su prójimo a fin de que los tuviera siempre a su alcance y tendiera a cumplirlos como por instinto: tal es la Ley natural.

Pero le dió la razón que conociera los *motivos* de esos deberes: le dió la *libertad* que pudiera rechazarlos o practicarlos y así *mereciera* premio, o castigo...

Dios elevó al hombre a un estado y orden sobrenatural y le reveló sus deberes de un modo sobrenatural: tal es la *Revelación*. Esta revelación fué garantizada como divina con el sello de los milagros obrados por Dios desde Moisés hasta Jesucristo: y principalmente por los mismos milagros con que Jesucristo demostró ser Dios. Estos milagros nos bastan para presentar a la Iglesia fundada por El, como *divina*, infalible. Pero hay otras mil pruebas posteriores de su divina misión. Tales son: «La Iglesia misma con su admirable *propagación*, su eminente *santidad*, su inagotable *fecundidad* para todo lo bueno, su maravillosa *unidad*, su inmutable estabilidad: cada uno de estos caracteres, ¡cuánto más todos ellos en conjunto! son un argumento perpétuo, patente, irrefutable de credibilidad, un testimonio irrecusable de



su misión y protección y asistencia divina. Por todo esto la Iglesia Católica es como una señal enhiesta en medio de las naciones para decir a los hombres solemnemente cuál es la voluntad de Dios, qué les manda, qué les exige, a fin de evitar su justa ira, y mejor que todo conseguir la participación en su gloria eterna, ideal amadísimo de Dios para sus hijos predilectos los hombres.

Esas enseñanzas de la Iglesia llegan a cada uno de los fieles por conducto del párroco, que representa a la Iglesia misma y es instruido, vigilado y gobernado por ella, para que no se engañe ni pueda engañarnos.

¡Dichosos los que oyen a su párroco con esta persuasión y con esta fe! Sus palabras obrarán en el alma del sencillo oyente, no como palabras de hombre, sino como lo que son: *palabras* de Dios contenidas en la revelación y transmitidas a él por su ministro, con la dirección y vigilancia de la Iglesia. En ellas va la acción del Espíritu Santo prometida...

¿Pero no podrá cada uno conocer fácilmente por sí mismo esa Revelación?—Sin duda alguna: con sólo estudiar la *Sagrada Escritura*, pero hay que estar siempre a la interpretación y al juicio de la Iglesia, como veremos en la siguiente lección.

Por ahora nos bastará dejar bien grabado en la memoria el fruto de la presente con este sencillo episodio. Las ciudades de Herculano y Pompeya fueron sepultadas el año 79 de la Era Cristiana por una formidable erupción del Vesubio; del tal manera que hoy se encuentran bajo una capa de lava, de varios metros de espesor. En las excavaciones modernas, entre otros descubrimientos se han hallado juntos 38 esqueletos de soldados romanos. Lo cual quería decir que lo mismo el capitán que los hombres a sus órdenes se habían mantenido en sus puestos, a pesar del inminente peligro, cuando todos los habitantes de la ciudad huían aterrorizados por las ardientes lavas. ¡Ojalá todos los cristianos guardaran esta lealtad, esta



obediencia a la Santa Iglesia representada por los humildes capitanes de la milicia de Cristo, cuáles son los párrocos!



## EL CATECISMO

—Beati qui audiunt verbum Dei...

—¡Dichosos los que oyen la palabra de Dios...!

(Luc. XI-28.)

I. DIOS HA HABLADO A LOS HOMBRES. Podemos con certeza saber qué pide, qué desea Dios de nosotros para concedernos el premio inefable de su eterna gloria.

Nos ha impreso tales deseos y voluntad en nuestra misma naturaleza, en ese impulso hacia el bien y repulsión al mal, en esa voz que resuena avasalladora en lo íntimo de nuestro ser y que llamamos *conciencia*, la cual nos dicta la voluntad de Dios, como *ley natural*...

Pero ha hecho más; Dios, que es nuestro mejor Padre, compadecido de nuestra morbosa propensión al error, quiso aclarar, ampliar y asegurar nuestro conocimiento de su Santa Ley, y lo hizo de un modo milagroso, por la Revelación sobrenatural, por la manifestación de la voluntad divina a sus siervos, Moisés y los Profetas, y principalmente por su Hijo unigénito Jesucristo. Y garantizó



la verdad de esa Revelación con los más estupendos milagros: y constituyó a la Iglesia como custodio e intérprete de la misma; quien la enseña y hace llegar a los fieles todos por medio de la Predicación parroquial... Tal fué el asunto de la consideración precedente.

Ahora nos toca contestar a esta pregunta: ¿No hay algún libro donde los fieles por sí mismos puedan conocer y aprender la doctrina revelada?

*Sí: La Iglesia nos ofrece toda esa doctrina de la Revelación en varios libros que se llaman Sagradas Escrituras cuyo compendio es el Catecismo. Veámoslo.*

II. DIOS MANDÓ ESCRIBIR SUS REVELACIONES BAJO LA INFLUENCIA DEL ESPÍRITU SANTO. Dos medios había para que hasta nosotros llegara la Revelación hecha por Dios a los hombres de tiempos pasados; el de la escritura y el de la tradición oral: el de ser escritas en un libro que todos pudiéramos ver y leer, o el ser transmitidas de boca en boca a través de los siglos, de padres a hijos.

Dios pudo escoger cualquiera de estos dos medios, pero plugo más a la divina Sabiduría utilizar ambos a la vez.

El Espíritu Santo mandó a Moisés, a los Profetas y a los Evangelistas que escribieran esos libros. Durante la Escritura les iluminó de una manera sobrenatural la inteligencia para que conocieran las verdades, que debían escribir, y dirigió su pluma para que no errasen.

Esta influencia especial del Espíritu Santo sobre el autor humano de las Sagradas Escrituras suele llamarse «inspiración», y todo el conjunto de su resultado denominase *Sagrada Escritura* y también *Santa Biblia* que quiere decir «*libro por excelencia*».

La verdad de esta *inspiración* se halla garantida por la Iglesia quien, como vimos en la lección precedente, ni puede engañarse, ni engañarnos merced a la asistencia del mismo Espíritu Santo, prometida por Jesucristo a su



Iglesia para recoger el fruto de la redención, que es la salvación de las almas.

Es por consiguiente el autor principal de los Libros Sagrados el Espíritu Santo. Así se explica que todos los libros de la Sagrada Escritura brillen con maravillosa armonía a pesar de haber sido redactados por *cuarenta* hombres, tan distintos unos de otros como distantes entre sí por miles de años; pues el primero escribió mil quinientos años antes de Jesucristo: y el último de los escritores sagrados llega al año ciento después de Jesucristo: y siendo tan diversos sus caracteres, su educación, sus costumbres, todos ellos no obstante forman un conjunto armónico, al modo de sonidos de magnífica orquesta. Es el Espíritu Santo, que va como llevándoles de la mano para que no yerren.

III. LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO. En estos libros fué escrita la Revelación anterior a Jesucristo. En ellos expónese la *Antigua Alianza*, que quiere decir el pacto o convenio que Dios hizo con su pueblo escogido, por lo cual se los llama Antiguo Testamento.

Dios entre todos los pueblos de la tierra escogió al de Palestina, en el Asia, para que de él naciera el Redentor del mundo. Este pueblo privilegiado había de corresponder a tal predilección con una religión más pura y una moral más piadosa; Dios por su parte le protegería contra sus enemigos, le bendeciría más largamente en bienes temporales, y sobre todo se manifestaría milagrosamente a él, de tiempo en tiempo, para sostener su fe, avivar su temor, recordarle sus promesas y amenazarle con sus castigos, si prevaricaba.

Tal era el pacto y alianza comenzado por Dios expresamente en Abraham y continuado con sus descendientes hasta el nacimiento del Mesías, cuya relación es el objeto principal de los Libros Sagrados del *pueblo de Dios, pueblo de Israel, pueblo judío, pueblo hebreo*, pues todos estos nombres lleva el pueblo escogido por



Dios para que de él naciera el Redentor del mundo.

*Libros históricos, morales y proféticos.* Estos libros de que se compone el antiguo Testamento son *históricos, morales y proféticos*; en total *cuarenta y cinco*.

Los primeros y parte de los otros, hasta *veintiuno*, son *históricos*: contienen la relación de hechos, como la creación del Mundo, la creación del hombre, su primer pecado, el diluvio, la esclavitud del pueblo escogido en Egipto, su liberación y traslado por el desierto a la tierra prometida, (Palestina) sus luchas, sus victorias y derrotas con los enemigos; sus pecados y castigos: su prosperidad... todas sus vicisitudes, en fin, hasta la venida de Jesucristo.

De los restantes libros hay siete que contienen máximas morales, reglas de vida piadosa, ejemplos de varones santos y cánticos de alabanza al Dios de Israel; llámanse por esto libros *sapienciales o morales*.

Todos los otros *diecisiete* dícense *Proféticos* porque en ellos se hallan los anuncios de la venida del Redentor y también los castigos que sobrevendrían al pueblo, si no cesaba en sus idolatrías y pecados. Era la predicación de los representantes de Dios...

IV. EL NUEVO TESTAMENTO. Llámense así los libros que se refieren a la vida, milagros y doctrina de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero el cual hizo otro pacto más generoso con el género humano, sin distinción<sup>1</sup> de pueblos, lenguas, ni naciones...

Le aclaró la ley divina. Le fortaleció en la fe con multitud de milagros. Le dió medios de santificación más fáciles y abundantes, cuales fueron los Sacramentos, e instituyó una Iglesia con organización jerárquica y asistencia sobrenatural que dirigiera al hombre por el camino de la salvación.

Antes se había manifestado Dios al hombre como por grados y poco a poco, desde el crepúsculo de la revelación patriarcal hasta la aurora de la Mosáica y Davidica.



Ahora con el Redentor aparece el Sol espléndido de la Revelación cristiana. Tal es en conjunto el contenido de los libros llamados del Nuevo Testamento, o revelación hecha por Jesucristo a los Apóstoles, y la historia de los comienzos de la Iglesia.

Se compone el Nuevo Testamento de *cuatro* Evangelios: un libro de los Hechos de los Apóstoles hasta su martirio; *catorce* cartas de San Pablo y otras *siete* de distintos apóstoles a las Iglesias particulares: y *un* libro profético llamado Apocalipsis.

Los cuatro Evangelios contienen la vida, doctrina y milagros de Jesucristo en su vida mortal.

Los *Hechos* nos refieren la historia de la Iglesia en los primeros treinta años después de la resurrección de Jesucristo, de su Ascensión a los cielos y venida del Espíritu Santo.

Las cartas de los Apóstoles exponen instrucciones cristianas, aplicaciones de la doctrina de Jesucristo a la vida de los fieles: corrección de errores, exhortaciones a la práctica de la virtud... El Apocalipsis es una revelación misteriosa, libro profético que contiene predicciones de combates y triunfos de la Iglesia hasta el fin del mundo. Después de la Sagrada Eucaristía donde se halla real y verdaderamente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo no hay en la Santa Iglesia Católica tesoro más precioso que estas Sagradas Escrituras. Un día San Antonio Abad, que habitaba en el desierto de la Tebaida de Egipto recibió una carta del Emperador Constantino el Grande. Sus discípulos estaban maravillados de que un tan grande personaje distinguiera al santo con carta escrita de su puño y letra, pero San Antonio les dijo: Mucho más debiérais maravillaros de que Nuestro Señor, Rey de todos los reyes, nos haya enviado a nosotros, pobres hombres, una carta suya, es decir, las Sagradas Escrituras.

V. ¿CÓMO SABREMOS SI TALES LIBROS SE CONSERVAN INTE-



GROS? He aquí un asunto importantísimo. Muy esencial era, en verdad, la certeza, la seguridad absoluta de que la escritura divina no podía ser falsificada, interpolada o mutilada. Dios no podía dejarla expuesta al azar, al capricho y pasiones de los hombres, lo cual hubiera resultado peor que carecer de la revelación.

Dios atendió a tal seguridad, primero por medio del mismo pueblo hebreo, que la estimaba como la cosa más sagrada, y la custodiaba religiosamente, guardando el original de esas Sagradas Escrituras en el Tabernáculo y leyéndola los Sacerdotes en las fiestas solemnes: pues las familias poseían su copia revisada y autorizada.. Ahora bien; ¿no es cierto que si alguien se hubiera atrevido a falsear algún versículo de ella, mil voces hubieran protestado e impedido un tan enorme crimen?

En segundo lugar, nos garantiza la integridad de las divinas Escrituras el mismo Jesucristo, quien en muchos de sus sermones apeló y citó las Escrituras del Antiguo Testamento para demostrar su divinidad ante el pueblo judío y para reprobarles la malévola interpretación de algunos versículos de la misma, como sucedía con el odio y venganza del enemigo, y con el divorcio... ¿cómo no les hubiera echado en cara ante todo el haber falsificado las mismas Escrituras? Es una garantía ciertísima, por tanto, de que no había ocurrido tal falsificación.

Y por último nos dejó la seguridad plena de la verdad, de la exactitud e integridad de las Sagradas Escrituras, en la Santa Iglesia, declarándola su *custodio, intérprete y depositaria*; prometiéndola para ello una asistencia infalible, perpétua, del Espíritu Santo, con la cual ni pueda equivocarse ni quiera engañarnos en orden a la revelación y doctrina de la salvación de las almas. Por esto los católicos de todos los tiempos profesaron una adhesión inquebrantable a las decisiones de la Santa Iglesia. Por ningún precio, ni por ganar todo el mundo, ni por el temor de perder los bienes y la misma vida, deja-



ron de confesar los artículos de la fe, tal y como los enseña la Iglesia. «Señor, mi padre ha muerto por vos, decía el católico ejemplar Sicaú al rey de Persia, mi padre ha muerto por vos y yo también estoy dispuesto a morir por defender vuestra real persona; pero si lo que me pedís es que niegue o no crea algo de lo que me enseña la Santa Iglesia de Cristo, ¡ah! entonces yo os daré mi espada para que atraveséis con ella el pecho de vuestro siervo antes que faltar a la fe de Jesucristo, manifiesta en los decretos de su Santa Iglesia».

VI. PERO ¿SE ENCUENTRA, ACASO, EN LAS SAGRADAS ESCRITURAS TODA LA DOCTRINA REVELADA? No: no pensemos que toda la doctrina revelada se halla en la Sagrada Escritura, ni esto era posible de ley ordinaria, como nos dice San Juan en su Evangelio: «Jesús hizo en verdad muchos milagros delante de sus discípulos, los cuales no están consignados en este libro». «Hay otras muchas cosas que hizo Jesús: y si alguno quisiera escribirlo todo circunstanciadamente creo que el mundo no podría contener los libros que para ello se hubieren de escribir». Joann. XXI, 25.

Hebraísmo es éste, que no debe entenderse a la letra, sino precisamente en el sentido y significación que intentamos demostrar: que era mucha la doctrina y los hechos de Jesucristo, no consignados en los libros Santos. Lo cual estaba también muy conforme con el plan y providencia de Jesucristo en la conversión de las gentes, pues dijo a los apóstoles: «Id y *predicad* el Evangelio a toda criatura». Marc. XVI, 15. «El que os *escuche* me escucha a Mí». Ibid. 16. «La fe viene por el oído y el oído por la palabra de Cristo». Rom. X, 17. En estos y otros lugares no habla Jesucristo de la *escritura*, sino de la *predicación*. Si la escritura hubiere sido preferida por El ¿cómo no habría escrito en vez de predicar?...

De tales testimonios se deduce que Jesucristo confiaba



la transmisión de su Evangelio más a la palabra que a la Escritura.

Y así lo hicieron los apóstoles. Propagaron su doctrina por todo el mundo. Parte de ella fué escrita como hemos visto. Otra parte mayor quedó confiada a la transmisión oral, de padres a hijos, de generación en generación. Recogieronla los Santos Padres en sus libros, comentando la misma Sagrada Escritura; y por último la Iglesia, en cumplimiento de su misión divina, la define y la presenta en los Concilios, en las Profesiones de fe, en las Oraciones del culto...

Toda esta doctrina revelada transmitida de boca en boca, de una en otra generación y definida por la Santa Iglesia es lo que se llama la TRADICIÓN; tan importante es como la misma Sagrada Escritura, siempre que esté sellada y garantizada por la Iglesia a quien en definitiva hemos de creer y seguir lo mismo en la interpretación de los libros Santos, que en el conocimiento de la Tradición; porque la Iglesia de Cristo es el órgano infalible del Espíritu Santo para regir y gobernar a los fieles, el sello último de la verdad revelada, la regla próxima y viva de fe, sin la cual nada valdría, ni la Sagrada Escritura ni la tradición, por el peligro de corrupción y de engaño.

VII. ¡VED CON QUÉ ESmero CUSTODIÓ Y VENERÓ SIEMPRE LA IGLESIA A LA SAGRADA ESCRITURA! La Santa Iglesia ofrece estos libros Sagrados a los fieles para que los lean, los mediten y se sirvan de ellos en la consecución de su fin, que es la salvación de las almas.

Los Sacerdotes en el rezo divino y en la Santa Misa leen diariamente mucho de lo contenido en los Sagrados Libros. ¡Y qué veneración muestra la Santa Iglesia al libro de los Evangelios! Antes de empezar a leerlo el Sacerdote ruega, profundamente inclinado, para que el Señor se digne purificar su corazón y sus labios como purificó en otro tiempo los de Isaías con carbones encendidos. El Evangelio se lee o se canta solamente a la derecha del al-



tar. En la Misa solemne lo lleva el diácono apoyado en el pecho, los acólitos le acompañan con luces y con el incensario para incensar el libro antes de cantar el Evangelio, besándole después, como cosa santa y lazo de amor entre Dios y entre los hombres...

Todos los fieles se levantan y están de pie con reverencia, haciendo la señal de la cruz sobre sus frentes, boca y pecho... Los caballeros de las órdenes militares desenvainan la espada, significando en ello estar dispuestos a defender el Evangelio... ¡cuánta reverencia, cuánto respeto y amor demuestran estas ceremonias sobre la Sagrada Escritura...! Los Santos Padres no hallan palabras bastantes para alabar este divino libro. Los cristianos de los primeros siglos fueron muchas veces martirizados con terribles torturas por no querer entregarle a los tiranos. «Mejor es para mí ser abrasado que entregar los Sagrados Libros,» decía San Félix a los perseguidores que pretendían profanar la palabra de Dios.

VIII. LA IGLESIA NOS OFRECE LA DOCTRINA DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS COMPENDIADA EN EL CATECISMO. Siendo tan necesaria y esencial la vigilancia de la Santa Iglesia sobre las Escrituras Sagradas, no es de extrañar que haya señalado ciertas reglas y condiciones para el uso de los libros Santos. Tales son, por ejemplo:

Que sean reconocidos y aprobados antes por los Censores suyos designados a tal fin.

Que se pongan al pie del texto las notas aclaratorias que ella ha aprobado para su intelección...

Pero principalmente ha procurado siempre que en cada región del mundo, en su lengua propia, haya un resumen de toda la doctrina revelada al alcance de todas las inteligencias, debidamente autorizado y conteniendo lo necesario a la salvación... Tal es el catecismo: librito pequeño que resume y compendia toda la doctrina revelada por Dios y enseñada por la Iglesia para la salvación de las almas...



Puede decirse, sin exageración que el Catecismo es el libro más importante del mundo, por contener la doctrina más esencial de los libros divinos y presentarla a la altura y alcance de los fieles todos con una sencillez que cautiva, con tal precisión que no admite errores ni equivocaciones y con la seguridad que requería el gravísimo negocio de la eternidad y las múltiples distracciones humanas. Por todo esto fácilmente observaréis que el catecismo se enseña sin cesar a millares de católicos, se aprende por todos los buenos fieles, se recuerda con fruición en todas las edades de la vida... Y podemos asegurar en nuestra larga experiencia, que es tan difícil la corrección de quien no aprendió ni conoció el Catecismo, como es fácil la conversión de quien en sus primeros años logró aprenderle y practicarle...

Si añadimos a esto que el Catecismo es un *libro* de fe en cuanto que contiene la revelación y es el medio con que la Santa Iglesia se comunica con mayor número de fieles; ¿cómo no decir en elogio suyo lo que del Evangelio decía San Gregorio? «Cuando leáis ese libro no atendáis al libro o al lector, sino a Dios, que es quien os habla desde el Cielo.»

Es libro divino por su *origen* como la misma Iglesia que nos le ofrece. Es libro divino por su *contenido*, pues trata de Dios, del cielo, del alma, de la santidad, de la virtud...

Es libro divino por su *fin*, que tiende ante todo a la salvación de nuestra alma... Es libro divino por su *significado* ¡la eternidad feliz!

Es libro divino, en fin, por su *eficacia*, pues también el Catecismo como el Evangelio lleva consigo la garantía de aquella promesa de Jesucristo: «el que creyere a mi doctrina y obrare conforme a ella se salvará; el que no creyere se condenará».

En los testimonios siguientes podemos aprender cuan-



ta ha de ser nuestra estimación y entusiasmo por el Catecismo.

Son de los mismos enemigos del Catecismo, que en ciertos momentos no pudieron menos de ser sinceros.

El filósofo francés Diderot (1780) era un notorio librepensador, animado siempre de satánico odio contra la religión católica. Un día recibió la visita de cierto amigo suyo precisamente en el momento de tomar la lección de Catecismo a su hija. El amigo le manifestó luego «su extrañeza al ver que un enemigo tan caracterizado de la religión instruyera a su misma hija en la doctrina católica; pero Diderot con gran aplomo le dijo: «no te extrañe pues no conozco mejor fundamento que ese para la educación de una hija; no existe moral alguna tan sólidamente asentada como la católica». Esto decía el célebre filósofo, cuyo testimonio debe ser de excepción para todos los libertinos. Pero ¿cómo, diréis, no practicaba él esa doctrina? ¡Misterios del corazón dominado por los vicios!

Era otro famoso profesor de la Universidad de París, llamado Jouffroy, también librepensador y enemigo del Catecismo durante su vida, pero oid lo que dice en su lecho de muerte: «Conozco un librito que los niños aprenden de memoria en el cual están resueltos los grandes problemas de la vida. Leedlo todos sin excepción. Este librito es el Catecismo.»

¿Qué más? En este mismo instante leo en los grandes diarios la noticia estupenda de que Calles, aquel furioso perseguidor de los católicos mejicanos, es hoy su mejor abogado influyendo ante el Gobierno para que les permita celebrar la Fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe y ofreciéndoles cuantiosas sumas para un monumental órgano.,. ¡Dichoso él, si en verdad ha reconocido su yerro! ¡Pero cuánto mejor fuera no tener que arrepentirse de tantos atropellos!

Estudad la religión y no podréis menos de amarla.  
Mientras no la conozcais, respetadla al menos.



Si has llegado hasta aquí, lector paciente, ya no te es posible dudar de buena fe sobre las verdades expuestas: es preciso que sometas el imperio de tu voluntad a los dictados de la razón que exigen tu asentimiento sincero con la fuerza indeclinable de la lógica.

Ya no puedes negarlo ni dudar siquiera, sin hacerte reo de evidente malicia: hemos de reconocer y confesar

QUE HAY EN CADA HOMBRE — ADEMÁS DEL CUERPO — UN SER ESPIRITUAL, E INMORTAL, QUE DIRIGE E INFORMA TODOS NUESTROS ACTOS HUMANOS Y SE LLAMA ALMA.

QUE HAY EN LOS CIELOS UN DIOS, BONDADOSO Y JUSTICIERO, QUE AHORA CUIDA DE NOSOTROS CON CARÍÑO PATERNAL Y DESPUÉS DE ESTA VIDA NOS HA DE OTORGAR UN PREMIO O CASTIGO ETERNO.

QUE HAY EN LA TIERRA UNA INSTITUCIÓN, FUNDADA Y GARANTIDA CON TODOS LOS PODERES DE UN DIOS OMNIPOTENTE, PARA COMUNICARNOS POR ELLA SUS MANDATOS Y DESEOS, Y ASÍ DIRIGIRNOS POR EL CAMINO QUE VA AL CIELO. ESA INSTITUCIÓN SE LLAMA IGLESIA CATÓLICA; ES DECIR, EL ROMANO PONTÍFICE. LOS OBISPOS Y CURAS.

QUE HAY UN LIBRITO DONDE ESA IGLESIA REPRESENTANTE DE DIOS NOS OFRECE TODA LA DOCTRINA QUE HA RECIBIDO DE JESUCRISTO: SUS MANDATOS, SUS CONSEJOS Y SUS MEDIOS DE SALVACIÓN: ESE LIBRITO ES EL CATECISMO.

¡Dichoso tú, si sencillamente dejas obrar en tu alma a la gracia de Dios y te decides a seguir con fidelidad las enseñanzas de su Iglesia. Este día será para ti el fundamento sólido de una ventura eterna.

Quizá te agradara más no dejar para tan lejos el premio de las virtudes cristianas ¿no es cierto? Así lo creo yo también y no temas: así lo dispuso cariñosamente nuestro buen Dios. De ello te convencerás si sigues leyendo con interés las primeras consecuencias que se deducen de esta doctrina salvadora.



## APENDICE 1

### DANOS DE LA IGNORANCIA RELIGIOSA

—Ibi non est scientia animæ  
non est bonum.

—El hombre que no posee la  
ciencia de la salvación de su alma  
no tiene cosa buena. Prov.  
XIX 2.

I. ¡CUÁNTA IGNORANCIA RELIGIOSA! Cuéntase de cierto gitano que un día se sintió movido a confesarse y—como era natural—aprovechó también aquella santa ocasión para el mejor desarrollo de su oficio en el siguiente admirable modo. Vió que el fraile tenía asomando por el bolsillo de su ancha manga una cajita de plata—la del rapé sin duda—y se la hurtó bonitamente.—¡Padre, le dijo luego; acúsome de haber robado una caja de plata.

—Pues has de restituir, hijo mío, para que Dios te perdone.

—¿La quiere V? Padre.—Yo no; dásela a su dueño.

—Es que se la doy y no la quiere.—¡Ah! pues en ese caso quédate con ella, dijo por fin el fraile. Y el aprovechado penitente retiróse tan ufano y contento de su habilidad y destreza.

—¿Me diréis que tal cosa no habrá sucedido?—Así opino yo... pero no me negaréis ser muy frecuentes en la vida real otros hechos que revelan en las clases todas de



la sociedad una tan supina ignorancia en materias religiosas.

Si preguntárais el *Credo*, no sabrían muchos decirle sin tropezar y caer frecuentemente. Nunca se preocuparon de averiguar y entender *quien* es Jesucristo, a *qué* vino al mundo, *cuándo*, *dónde*... no saben en qué consiste la *Iglesia*, cual es su *misión*, sus *prerrogativas*; y si ven a un Sacerdote se sonríen burlonamente o le aplican un mote denigrante como a ser indigno de civilizada sociedad. .

¿Rezar? Muchos no saben ni aun el «Padre nuestro», pues aunque le dicen, descúbrese en lo que olvidan no entender las palabras que pronuncian... de los mandamientos de Dios quizá recuerden alguna cosa, pero en confuso...

¿Y tienen por ventura alguna idea de la riqueza infinita encerrada en los Santos Sacramentos? Antes bien, si alguna vez y por compromiso acuden a confesarse, no es raro que como el gitano del cuento se retiren muy ufanos vanagloriándose *¡de haber engañado al confesor!!!*

¡Cuánta ignorancia de las cosas divinas en aldeas, pueblos y ciudades! Están como dormidos y aletargados dulcemente con el opio de los placeres mundanos y en tanto como los leones a la ignorante Samaria—acomé tenles furiosos los demonios...

II. ERRORES A QUE DA LUGAR ESA IGNORANCIA. En verdad, no necesitan mucha tentación para caer quienes así tan negligentemente viven. Pues a la manera que un campo o parcela de terreno, aunque no tenga enemigos que en él siembren cizaña, con sólo quedar abandonado y sin cultivo, llénase muy pronto de cardos, cenizos, espinos y beleños, así en el alma ignorante veréis formarse y aparecer con prodigiosa facilidad disparates como los siguientes:

«¿Para qué necesito yo la religión? A fe que no la tengo y estoy sin embargo tan gordo y bueno!! ¿Quién



*ha visto a Dios? Eso de la otra vida son engaños de curas... Con la muerte todo acaba también para nosotros como para los animales.—Rezar es cosa de mujeres... No hay manjar más dulce que la venganza... Comamos y bebamos...*

¿Quién no oyó alguna vez semejantes atrocidades? Son los cardos y cenizos que espontáneamente brotan en el campo y parcelita de nuestra alma cuando se halla abandonada, sin el cultivo de la instrucción y educación religiosa, pues su semilla se forma, crece y desarrolla al calor de las pasiones, que pervierten e inclinan hacia su propio gusto los dictámenes de la razón y reciben muy grato abono de los ejemplos y dichos mundanos y de las alucinaciones perversas, que en ella siembra el demonio.

Una mujer, de estas ignorantes, cayó gravemente enferma; el médico, que por fortuna era piadoso, exhortábala con sus deudos a que se confesara y recibiera el Santo Viático.

Pero la anciana enferma se sonrió diciendo: «No me preocupan a mi tales cosas de otra vida; pero aunque hubiere mucho que temer, estad tranquilos: *hace poco oí cantar doce veces al cuclillo*, y eso quiere decir que aún me quedan *doce años de vida*!!

Murió aquel mismo día, y sin Sacramento alguno, la desventurada mujer. ¡Cuán cierto es que la ignorancia religiosa hace caer en los más absurdos errores, locuras y supersticiones!

III. DAÑOS ETERNOS DE LA IGNORANCIA RELIGIOSA. Pretenden tales gentes justificar su menosprecio a la doctrina católica y acallar los avisos de su conciencia diciéndose: «¿Quién ha visto a Dios? ¿Quién ha venido de allá a decirnos lo que ocurre en el infierno?»

Y precisamente eso es lo más lamentable y aterrador: «que *hay un Dios justiciero; que hay un infierno eterno!*» Así nos lo demuestra la razón católica con multitud abrumadora de testimonios. Así nos lo evidenció el mis-



mo Jesucristo que siendo Dios hizose hombre y vino en Persona desde aquella eterna vida a decirnos eso precisamente: *que hay un infierno eterno*: y nos rogó y suplicó de mil modos le creyéramos para librarnos de caer en él. Y nos demostró esa verdad con los más estupendos milagros... y nos probó la terribilidad de aquellas penas con los argumentos más elocuentes, cuales fueron sus afrentas, sus dolores, su muerte, la más ignominiosa, sufrida por el mismo Jesucristo con ese fin de librarnos de aquellas penas...

—Pero a todo esto suelen contestar los ignorantes con la mayor imprudencia y temeridad: «*Ver para creer*». ¿No os parece que tal raciocinio es muy endeble y peligroso? No se fiarían de esa lógica para sus negocios temporales. Dicen que no han visto que haya infierno. Pero ¿han visto acaso que *no* le hay? Si tienen ante sí dos caminos para ir a Madrid; el uno ancho, florido y deleitoso pero según *muchos informes* peligrosísimo, pues termina—cuando menos se piensa—en un abismo irremediable; el otro camino estrecho, penoso, pero según *todos los informes* llega a su fin con toda seguridad y provecho, decidme ¿cuál de esos dos caminos elegirían los señores incrédulos? dígase lo mismo de dos amigos, *dos* medicinas, *dos* negocios semejantes... Pues esto sucede con la ignorancia religiosa. Su término es horripilante.

—¡Padre! —decía el hijo moribundo de un incrédulo— ¿a quién debo creer ahora? ¿a usted o a mi madre?—Y aquel padre descuidado, y burlón hasta entonces, no pudiendo ya contener sus lágrimas exclama con gran decisión; *No, hijo mío, no creas lo que yo te enseñé en mal hora. Imita a tu cristiana madre. Pues mi situación puede terminar en un infierno eterno. La de tu madre no. Cree, cree y obra como tu madre, por si hay infierno.*

Esto, en verdad, es lo menos que puede exigirse a una persona que no haya perdido por completo el uso de la



razón y conserve algo de sentido común: curar su alma de la ignorancia religiosa que es el camino ancho, florido y deleitoso del infierno, y dotarla de la luz esplendorosa de la fe y obras cristianas para salvaguardia prudente.

Pues es cierto, certísimo que para no ir al infierno hemos de *creer* lo que se contiene en el *Credo* católico: y *rezar*, o sea pedir la ayuda divina que es la Gracia: y *obrar* lo que Dios ha ordenado en sus Mandamientos; y *recibir* la filiación y garantía divinas de los Sacramentos... Sin esto no es posible la salvación eterna del alma. Pero ¿cómo realizarlo sin conocerlo? No; no hay otro camino sino *instrucción* o *condenación*.

IV. DAÑOS TEMPORALES DE LA IGNORANCIA RELIGIOSA. Pero aunque no hubiere infierno, ni fuera posible tan tremenda y trascendental equivocación, bastaría considerar los muchos males temporales que se siguen de la ignorancia religiosa en esta misma vida para temerla sobremanera y hacer heroicos esfuerzos en evitarla.

He aquí algunas normas y resultados del *credo* de los ignorantes o incrédulos en materias religiosas:

1. «*Antes yo que otro*. Todos los demás hombres no son para mí sino instrumentos apreciables si me ayudan a subir y medrar: u obstáculos aborrecibles si me lo impiden ¿Quién me detendrá en robar, vengarme, odiar... cuando yo esté a solas?»

Con tales normas y propósitos ¿qué puede esperar la sociedad?

—Decía uno de estos ignorantes a otro obrero católico: ¿A qué trabajar? Dejémoslo ahora que no nos ve el amo. Pero el católico respondía: yo tengo un amo que siempre me ve, es Dios.

Por este pequeño detalle podemos deducir las consecuencias ruinosas de la ignorancia religiosa en el orden social si no la sostuvieran los creyentes e instruidos. Sería la moral del «homo homini lupus» «el hombre para



el hombre es un lobo». Frase lógica, aunque brutal de la ignorancia religiosa.

2. «¿Por qué no aprovechar los cargos para beneficio propio? ¿Por qué desaprovechar la ocasión de hacerse rico, sea como fuere?» Esto dice un banquero en su fuero interno a la vez que perora ante una multitud contra Dios, contra la religión y contra la beatería de los católicos. Pero uno de estos que le oye se apresura a sacar todo el dinero que había depositado en aquella banca, que, efectivamente *dió quiebra* poco después. ¿Cómo averiguó usted y *usted solo* la quiebra de ese banquero? decían al católico otros *víctimas*... Bien clara la anunció él mismo en sus discursos al afirmar que *no creía en Dios*, contestó el católico...

3. *Interpretaciones erróneas de las situaciones de la vida*. He ahí otro fruto de la ignorancia ¡Cuánto se esmeró aquel depravado socialista en pervertir a su buena y piadosa mujer haciéndola olvidar y aborrecer las prácticas cristianas! Mas ved que cuando se gloriaba ante sus compañeros de haberlo conseguido le avisan en la taberna de que una desgracia horrible había ocurrido en su casa. Fué allá y encontró tendidos en el suelo tres cadáveres: el de su mujer y dos hijos. La explicación estaba bien cerca en un papel que decía:

—«Mientras tuve creencias religiosas pude soportar con valor los malos tratos de mi bestial marido. Pero ya que no tengo consuelo en esta vida ni esperanza en la otra ¿a qué vivir? No quiero que pasen por tantas miserias mis hijos. Por eso los he envenenado conmigo...»

Tales son los frutos de la ignorancia religiosa: por ello habéis oído decir a los grandes pensadores y estadistas que «si no hubiera cielo ni infierno, sería preciso inventarle o persuadirse de su existencia real para poder vivir en la tierra». Pues si del *hombre sólo* ha de venir el vigor y la autoridad de la ley, también vendrá de él la evasión y la burla; la fuerza será contrarrestada con otra



fuerza. No: no hay freno alguno que pueda suplir, en todo, al freno del *temor de Dios*. Sin Dios se seguiría el caos, la disolución y la ruina.

V. CAUSAS DE LA IGNORANCIA RELIGIOSA. No hemos de refutar ahora los muchos pretextos con que intentan justificar su conducta los alejados de Dios y de su Iglesia. Lo haremos después, aunque ya se trasluce bien la carencia de vigor, de verdad y de lógica en su mismo enunciado.

Lo que más nos importa ahora es averiguar las verdaderas causas de esa anemia del alma para procurar su remedio. Las causas de la ignorancia religiosa suelen ser:

1.<sup>a</sup> Haber tenido una madre descuidada, quizá incrédula, acaso impía, o lo que es más probable y frecuente, tan ignorante ella, que con sus burlas inconscientes acerca de la religión haya matado, al nacer, las semillas de la virtud, en vez de fomentarlas sembrando a la vez en la pequeña alma del niño con mano tan criminal como eficaz los perversos instintos de prevención, desprecio y hasta persecución y furor contra la idea religiosa ¡Oh criminal impiedad!

¡Desventurada madre aquella que se enfurecía cuando la reprochaban el abandono religioso en que criaba a su hijo! Pronto recogió el fruto de su educación indiferente. Aquel hijo tuvo el furor también de estrangular a su madre el día que se negó ésta a seguir alimentando sus vicios con la poca hacienda que ya la quedaba! Es la peor de todas las causas de ignorancia...

2.<sup>a</sup> La avaricia desmedida, el afán insaciable por los bienes de la tierra que a muchos no deja tiempo siquiera para acordarse de que tienen alma...

3.<sup>a</sup> Quizá la más eficaz causa de la ignorancia religiosa esté en los vicios, que apoderados ya del alma, aborrecen y rechazan la *luz*... pues saben que con esta no pueden vivir: y así dicen con los impíos aquellos de la Sagrada Escritura: Recede a nobis... «*No queremos saber tus doctrinas: apártate de nosotros y déjanos vivir en*



paz con nuestros placeres...» Es decir que cierran los ojos, hacen como que esconden la cabeza para no ver el castigo que les amenaza... y con eso ya ¿podrán quedar tranquilos?

VI. REMEDIO EFICAZ. LA INSTRUCCIÓN CRISTIANA. Bien sabéis vosotros, labradores, lo que acontece a una tierra abandonada y sin cultivo. Dios la dotó de abundantísimas semillas cuando dijo: «Produzca la tierra yerba verde que tenga su simiente» (Gen. I) y la concedió una prodigiosa virtud de hacerlas germinar sin fatiga ni trabajo para el hombre; pero luego el pecado trastornó esa cariñosa providencia de Dios de tal modo que, si no se la cultiva, apodéranse las malas plantas de las buenas, esquilman la tierra robándola sus mejores jugos y sirven de semillero fatal para las tierras vecinas...

—¿Qué remedio? Lo sabéis también. Arrancar las yerbas malas. Arar, mullir, ahuecar la tierra para que en ella penetren los beneficios fertilizantes del aire, del agua, de la luz y del calor. Semillar en abundancia buenas plantas y esperar, confiados en la ayuda de Dios, el fruto prometido.

He ahí gráficamente descrito lo que es la instrucción religiosa, el cultivo de nuestra alma.

Ella arranca las malas yerbas con sus *motivos* de amor, de temor, de esperanza... Ella siembra en el alma las buenas semillas... la da luz, calor para que broten las allí sembradas por Dios... y es tal su influencia que no hay acto alguno de la vida humana que pueda esconderse a su esfera de acción. Veámoslo:

Pero antes para terminar esta idea, oigamos un caso ocurrido en 1898 que, aunque extremo, compendia y graba muy bien en el alma cuanto hemos dicho acerca de los daños temporales y eternos de la ignorancia religiosa y sus remedios:

«Padre, decía una viejecita encorvada y llorosa presentando dos niños enlutados a un Sacerdote catequista:



Padre: tome usted estos niños y enséñelos bien la doctrina cristiana. Son mis nietos, decía sollozando; hijos de aquellos dos desventurados que ajusticiaron poco ha. ¡Pobre hijo mío! Si hubiera sabido la doctrina no hubiera muerto en un patíbulo... ¡Y si al fin se hubiera arrepentido ante Dios! Sí, mujer, Dios es infinitamente misericordioso, la decía el sacerdote para consolarla: Es verdad, padre, pero mi hijo no conocía a Dios más que como a un tirano, egoísta y cruel a modo de los ricos y poderosos malvados del mundo ¡Pobre de mí! Cuando me di cuenta de mi abandono ya no había remedio. Enseñe, padre, enseñe la doctrina a estos niños...» ¡Qué dolor! Pero no hay sino confesar que esos, esos son en más o en menos los efectos de la ignorancia religiosa.



## APÉNDICE 2

### BENEFICIOS DE LA INSTRUCCION CRISTIANA

—Melior est sapientia cunctis pretiosísimis et omne desiderabile ei non potes comparari. (Prov. VIII, 11).

—No hay tesoro ni cosa alguna comparable a la ciencia de la salvación.

I. EL ALMA ES NATURALMENTE RELIGIOSA. Todo hombre quierá o no quierá, se ve invadido y dominado por una idea religiosa inicial.



Entendemos por *idea religiosa* todo pensamiento que mueve e induce al hombre a respetar y temer a Dios y a creer en otra vida futura.

¿No habéis observado cómo al iniciarse la razón del niño asoman espontáneamente con ella ciertos pensamientos y afectos de *temor a obrar mal* y de gozo cuando obra bien?

Ese niño sabe ya, a poco uso de razón que tenga, y sabrá durante toda su vida por mucho que se embrutezca, las verdades siguientes:

*Has de hacer el bien y evitar el mal. No hagas a otro lo que no quieras para ti. Hay un Dios que te ve y habrá de castigarte si obras mal, premiarte si obras bien. El hombre que sólo se guía por sus pasiones parece a las bestias, y aún es peor que ellas...*

Tales son las normas supremas del bien y del mal. No hay hombre cuerdo que pueda olvidarlas o desconocerlas. Son para el alma como la semilla que, sin procurarlo, se halla en todas las tierras... ¿de dónde ha venido? Los ignorantes e incrédulos en religión no saben contestar. Nosotros sí.

El sembrador es nuestro buen Dios que al criar nuestra alma, pequeña parcelita del reino de los espíritus, ha depositado en ella los gérmenes de su bienestar temporal y de su dicha eterna. Esta es la verdad de su origen. Pero ahora, más que todo, lo que nos interesa es consignar el hecho, vengan de donde vinieren.

Y es hecho cierto, certísimo, que en todos los hombres, por depravados que estén, quieran o no, han de oírse los dictámenes y normas supremas del bien y del mal.

No importa que aparenten indiferencia los incrédulos e impíos: llegada la ocasión se manifestará espontáneamente esa persuasión como en aquel librepensador que tanto alardeaba de impiedad, y al saber que estaba ardiendo su casa, exclamó: *¡Dios mío, socorredme, si no, soy*



*perdido! Escondida se hallaba la idea religiosa: pero allí estaba.*

II. LA INFLUENCIA DE ESA IDEA RELIGIOSA INICIAL SE EXTIENDE A TODOS LOS ACTOS HUMANOS INDEFECTIBLEMENTE. El hombre se distingue de los animales y se llama *hombre* precisamente por una *potencia* que lleva dentro del alma con la cual *ve* «cuál cosa le conviene mejor de las que puede *hacer* o *escoger*»; es el *entendimiento*. Y por una fuerza o impulso que da bríos al alma para realizar o buscar lo que *vió* convenirla: esta fuerza impulsiva es la *voluntad*. Pero así como no nos basta el ojo para ver, sino que se necesita la *luz*... ¿cuál es esa luz que alumbra al ojo del espíritu, al entendimiento? Esa luz son los principios y normas antes mencionados que nadie puede desconocer: *Has de hacer el bien y evitar el mal. Dios te premiará si obras el bien. Dios te castigará si obras el mal...*

Esta luz siempre resplandece aún en el salvaje. (Ps. IV 7.) Nada puede acallarla. Ella vela siempre y trae al alma del hombre pecador turbación y angustia. Rom. II 9. Es guía incorruptible y juez incansable. Por esto son responsables ante Dios (cuya es la voz de este tribunal) no sólo los cristianos, sino también los gentiles y paganos... Esa es la *idea religiosa inicial* que domina e invade a todos los hombres.

Ahora bien. No hay acto alguno humano concreto del cual no podamos decir ser bueno o malo. Si el entendimiento *dicta* lo que hemos de hacer siguiendo esas *luces* y en conformidad con esas *reglas*; y si la voluntad manda ejecutar a las potencias exteriores o ejecuta ella misma lo que dictó la razón, tenemos el *acto humano bueno*. Pero si el entendimiento resuelve contra esas reglas; o la voluntad se desmanda y no quiere seguirlas en la obra, tendremos el *acto humano malo* por error; o también *pecado* en el segundo caso. Y por tanto siempre resultará que la idea religiosa encerrada en esos principios influye indefectiblemente en todos nuestros actos cons-



cientes ya sea para mérito si la atendemos, ya para de-  
mérito si la menospreciamos.

Pero ¿serán suficientes tales *normas supremas* para  
guiar al hombre en todos los actos de su vida y así reali-  
zar sus fines de respeto a Dios, bienestar temporal y pro-  
vecho eterno? ¿No podrá suceder que esa *luz* se oscurez-  
ca o que la *regla* se doble y el entendimiento dirija mal  
y la voluntad, como el pulso al trazar la línea, vacile y  
se tuerza? ¿Y hemos de carecer de una más poderosa luz,  
que nos libre de errores, y de una fuerza mayor, que vi-  
gorice para lo bueno el impulso de nuestra voluntad?

III. ESA IDEA RELIGIOSA INICIAL NO BASTA AL HOMBRE PARA  
OBTENER SUS FINES. *El hombre en la tierra ha de hacer  
el bien y evitar el mal.*

Pero ¿cuál es lo bueno y cuál es lo malo?

*El hombre ha de temer a Dios y agradecerle para  
conseguir la otra vida y para que le ayude en la pre-  
sente.* Pero ¿qué desea Dios?

¿Cómo adivinar sus órdenes y darle gusto?

*El hombre ha de dominar sus pasiones.* Pero ¿no  
hay algo bueno en ellas?

¿Quién nos enseña y nos dirige con seguridad en la  
interpretación y aplicación de esos principios? Podrán  
quedar expuestos a las opiniones de los hombres? ¡Ah!  
en ese caso la confusión y el caos más espantoso reinarán  
sobre la tierra en el orden moral, mejor dicho, la vi-  
da desaparecerá de ella exterminada por los mismos  
hombres.

Muchos dirán: «No habeis por qué temer a Dios, pues  
»Dios no es otra cosa que la misma naturaleza de que se  
»hacen las plantas y los animales: vosotros mismos no  
»sois más que un poco de esa naturaleza y obraís no li-  
»bremente, sino por necesidad como ella... y así no sois  
»responsables del mal... ¡abajo pues la autoridad y los tri-  
»bunales!, abajo la policía y ábranse las cárceles... la  
»propiedad es un robo...»



¿Sería posible vivir de esa manera?

No; no es posible dejar a los hombres la interpretación, explicación y aplicación de principios tan esenciales a la vida y orden de la sociedad...

IV. SE NECESITA UNA INSTRUCCIÓN RELIGIOSA QUE SEA NORMA SEGURA Y FIEL PARA EL ENTENDIMIENTO. Ved cómo lo resuelve admirablemente la Instrucción cristiana:

Ella nos dice: *Amarás a Dios con todo corazón y al prójimo como a ti mismo. No blasfemarás. Santificarás las fiestas. Honrarás a tu padre y a tu madre. No matarás. No fornicarás. No hurtarás. No mentirás...* ¿Quién dice esto?

— *Un Dios que contempla todos tus pasos, palabras, pensamientos y de cuya potente mano jamás podrás evadirte si le ofendes...*

He aquí con pocas palabras explicados aquellos principios generales, y garantizada la paz social y el bienestar personal, al quedar garantizados, asegurados los bienes de Dios y los bienes del hombre: el *honor* y *temor* a Dios en los tres primeros Mandamientos: el *honor* y *respeto* a los padres, que son base de la sociedad, en el cuarto. Los *bienes* más preciados del hombre, a saber: la *vida*, la *salud*, la *propiedad*, el *honor*, en los restantes... Ved ya si es necesaria y cuán provechosa al hombre la instrucción religiosa.

Pero no basta saber los Mandamientos; se necesita más instrucción, pues también el campo de nuestra alma como el de la tierra tiene sus enemigos que la combaten sin cesar y suponen esmerada defensa.

NUESTRA ALMA TIENE MUCHOS ENEMIGOS EN EL ORDEN MORAL Y RELIGIOSO. Son las *propias pasiones* y malas inclinaciones, que ofuscan el entendimiento y le inclinan a interpretar los Mandatos de Dios conforme al gusto de la carne y del amor propio y de la avaricia y de la venganza.

Son los dichos y malos ejemplos de los mundanos,



viento pernicioso que traslada a nuestra alma las malas semillas del campo vecino y las ayuda a germinar.

Son los mismos demonios, que obran en nuestra imaginación, alucinándola con el oropel de los placeres, y ayudando a las pasiones para pervertir los dictados de la razón, o por lo menos convencer a la voluntad en no seguirlos...

¿No es cierto que sucede así? ¿No habéis observado muchas veces esta lucha en vuestra alma?

Mas para que en esta batalla salga victoriosa la pasión o el mundo o el demonio contra las buenas semillas de Dios y contra las buenas inclinaciones del alma, es preciso *olvidar* los motivos del bien obrar, o corromper los principios del orden moral haciendo pasar lo malo por bueno, el error por verdad...

Es preciso arrancar los ojos de la fe y de la instrucción religiosa al alma, como hicieron los fariseos con Sansón para dominarle; es preciso anular las *fraguas* donde se forja la luz y el valor que dan por resultado la *virtud cristiana*, como hacían los enemigos de los Israelitas prohibiendo a éstos tener herrerías a fin de que carecieran de armas ofensivas y defensivas...

La ignorancia religiosa es no sólo condición precisa, sino también causa suficiente al desarrollo de los vicios y pecados, como el abandono del cultivo en un campo trae en pos de sí el erial de cardos, espinas y cizaña.

V. SE NECESITA UN FIRME APOYO PARA LA VOLUNTAD. Si a las normas divinas de los Mandamientos para el entendimiento se añaden con la instrucción religiosa los *motivos* de la razón y de la fe para la *voluntad*; y para uno y otro la *Gracia* de los *Sacramentos* y *Oración* que es luz y fortaleza divinas, ¡ah! entonces veréis germinar esas semillas en nuestra alma y dar frutos de bendición..., es decir, las hermosísimas virtudes cristianas: la *humildad*, la *paciencia* hasta el martirio, la *generosidad* en socorrer y perdonar, la *pureza*, el *amor*... y otras mil y mil





virtudes que son el encanto de los ángeles, el recreo de Dios, la admiración de los hombres, la aspiración y meta de todo buen gobierno en las sociedades, y ¿qué más? la divinización de la naturaleza humana en héroes celestiales como Teresa de Jesús, Juan de Dios y de la Cruz... y tantos y tantos Santos que si fueron tales, lo debieron a esas *normas* del bien obrar, a esos *motivos* bien sabidos y mejor sentidos de la voluntad, y a su cooperación constante a la gracia divina, es decir, todo lo deben como fundamento y condición imprescindible a la *instrucción religiosa*.

¡*Haced religión en mi país!* clamaba Federico II, rey de Prusia al darse cuenta de que no había cárceles suficientes a encerrar tanto criminal precisamente por haber olvidado a Dios y menospreciado la religión...

Pues si bien es cierto que no basta sólo *conocer* y *creer* las verdades religiosas para ser buenos, sino que se necesita además *ejecutarlas*, pero el conocimiento siempre será condición *sine qua non* para la obra; y de ordinario la virtud sigue a la *fundamental instrucción*.

Veamos ya, aunque sea ligeramente, antes de terminar, cómo realiza tales maravillas la instrucción religiosa.

#### VI. BENEFICIOS MÚLTIPLES DE LA INSTRUCCIÓN RELIGIOSA.

1.º *La instrucción religiosa impide el desarrollo de los gérmenes del mal.* Todos sentimos germinar en nuestra alma esas semillas con los primeros albores de la razón. Y aun antes de saber hablar sabemos con gestos de ira manifestar nuestra pequeña soberbia, y con llantos nuestra avaricia, gula... ¿Qué hacer para poner remedio? Como el labrador escarda su campo y arranca las malas yerbas ya nacidas y como el buen labrador, cuando es posible, las ahoga y estirpa antes de nacer, así la instrucción religiosa va dando las reglas eficaces al educador cristiano para combatir y contrarrestar esas fuentes perennes del pecado, del vicio, de las perturbaciones todas y conflictos individuales y sociales. Tales son: la *sober-*



bía, la avaricia, la ira, la lujuria, la gula, la envidia y la pereza.

¿Se atreverá algún estadista o filósofo a garantizar el remedio de esos males con fuerzas solamente de policía, guardia civil o ejércitos de soldados? Sería un fracaso ruidoso sin la instrucción religiosa. La única vigilancia imposible de burlar es la del *temor de Dios*, que dice al hombre, sin eufemismos, sin vacilaciones ni reparos allá en lo más íntimo de su conciencia: ¡ESO ESTÁ MAL! DIOS VE Y TE PEDIRÁ CUENTA. No hay policía capaz de suplir esta elocuentísima voz de la instrucción religiosa.

Por otra parte, hay hechos y aspectos de la vida en que los mismos criminales se juzgarán apóstoles y mártires del bien...

¿Quién podrá entonces detenerlos, desengañarlos y amenazarlos fuera de la instrucción religiosa? Así, por ejemp<sup>o</sup>, hay comunistas y socialistas que se vanaglorían de sus hazañas y levantan estátuas de admiración y aplauso a malvados, a verdaderos criminales... Para curar a tales enfermos no bastarán bayonetas ni cañones que les amenacen; no lo dudéis, el único remedio eficaz será demostrarles, persuadirles, que el mayor disparate está en lo que antes ellos juzgaban un *derecho* y hasta una *virtud*... Será preciso, después, decirles dónde hallarán el valor que necesitan para *adjurar* de sus errores ante sus compañeros de revolución, y ante sus pasiones tan gustosas del error...

Estos informes y estas drogas maravillosas no lograréis hallarlas fuera de la instrucción religiosa.

2.º *La instrucción religiosa favorece el desarrollo de los gérmenes del bien.* También con la aurora de nuestra razón brotan en el alma semillas de virtudes, alientos de buenas obras. Pero son delicadas, difíciles, laboriosas. Y han de luchar con los otros gérmenes del mal, favorecidos sin tasa con la ayuda de las pasiones propias y ajenas... Se necesita mucho conocimiento de



la hermosura y premios de la virtud para no acobardarse; mucha gracia y presencia de Dios para superar los obstáculos... mucha abnegación y sacrificio en las derrotas aparentes... Cosas todas que no conocen los ignorantes y que son el a. b. c. de la instrucción religiosa.

—¿Cómo hace usted esperar así al pueblo?—dijo a un funcionario público cierto hombre extraño que se le acercó.—Yo sé lo que he de hacer. ¿Quién es usted para pedirme cuentas? —¡Yo soy el emperador! replicó el forastero descubriendo sus insignias. Queda usted destituido.»

¡Qué impresión sufriría el empleado! ¿Hubiera contestado así si supiera que aquel era el Emperador? Pues consideremos de cuantas injusticias se libraría el mundo, cuántos actos de virtud ejecutarían los hombres todos, si conocieran a Dios y se persuadieran estarles viendo y mirando desde su excelso trono. Así vivían los Santos aleccionados en la doctrina religiosa. Y ¿qué os parece? Si todos los hombres fuéramos como un San Juan de la Cruz, Santa Teresa, San Luis Rey de Francia, San Isidro y su esposa, pues los hay de todos los estados y oficios... si todos fuéramos así ¿no os parece que sería otra la paz, la dicha y el bienestar del mundo? Y por el contrario: figurémonos que la ignorancia religiosa invade y se apodera por completo de la humanidad con sus frutos de socialismo, comunismo, anarquismo, sin trabas de temor de Dios, sin freno alguno de virtud ¿será posible vivir en la tierra? Pues no olvidemos que si aún podemos vivir es porque no *todos* los hombres son malos: y porque los mismos malos no son en *todo* malos: pero examinad su vida y sus obras con un poco de atención y veréis cómo los hombres que aún son *buenos* y *todo* lo *bueno* que aún tienen los malos, *todo, todo* es debido de un modo o de otro a la *instrucción religiosa*.

VII. CÓMO OBTENDREMOS LA INSTRUCCIÓN RELIGIOSA? La contestación es obvia: *aprendiendo el catecismo de la doctrina cristiana*. He ahí el medio fundamental y único



de conseguir los beneficios indicados. En el catecismo están las reglas y normas, los motivos y medios enseñados por Dios a los hombres para lograr su fin en la tierra que es gozar de sus *bienes sirviéndole* y luego alcanzar los eternos.

El catecismo es la Doctrina enseñada por el mismo Dios en el Paraíso a Adán; y entre los relámpagos y truenos del Sinaí a Moisés.

El catecismo es la misma doctrina que después nos enseñó por medio de su Hijo, Dios y Hombre Jesucristo durante los treinta y tres años que vivió como hombre mortal en la tierra...

El catecismo es esa misma doctrina, que ahora nos la comunica por la Santa Iglesia a quien ha constituido representante suyo e intermediario para con los hombres garantizando a éstos su veracidad con las mayores maravillas...

*Pero ¿cómo conseguimos aprender ese catecismo con facilidad y sin error?* Tratándose de fieles cristianos y católicos sinceros no puede haber dudas en la contestación: el medio ordinario, el más sencillo y eficaz es oír la *palabra divina*, o sea los Sermones y pláticas catequísticas de los Párrocos. Estos son en definitiva los representantes de Dios más próximos al pueblo: su doctrina se halla dirigida, vigilada y autorizada por los Superiores Jerárquicos, señores Obispos, y por tanto garantizada por la misma Iglesia. Bien podemos decir también de ellos lo que Jesucristo dijo a sus Apóstoles: «Id y enseñad a todas las gentes.» «Quien a vosotros oiga, a Mí me oye: Quien a vosotros desprecie, desprecia a Mí.» Pero tratándose de los que se hallan alejados de la Párroquia por ineludibles ocupaciones o por otras mil causas, quizá sea el medio primero el más suave y eficaz la lectura de un librito... acaso este mismo que ha llegado a tus manos ¡oh lector curioso! y que no ha sido hecho con otro fin... ¡Quién sabe! Dios suele valerse de los me-



dios más humildes para las cosas más grandes... La cosa más grande que Dios hace en el mundo dicen ser la conversión y salvación de las almas. ¡Ojalá se digne nuestro buen Dios Omnipotente aceptar este granito de arena para ese fin que es también su mayor gloria. Mientras te decides a asistir religiosamente, como verdadero cristiano, a los sermones parroquiales, lee con sumo interés la última conferencia que aquí te ofrezco; es un resumen, el más breve y sencillo, de toda la doctrina que necesitas saber y practicar para salvarte.



## APÉNDICE 3

### RESUMEN DE TODA LA DOCTRINA CRISTIANA

I. LA LUZ DE LA VERDAD CATÓLICA EN SUS PRINCIPIOS CAPITALES. Hemos expuesto ya, aunque a grandes rasgos, las ideas capitalísimas *Alma, Dios, Iglesia, Revelación*.

Quien haya fijado su atención en ellas, si fuere creyente habrá gozado al contemplar la armonía perfectísima, que brilla entre lo que la razón dicta y lo que exige la fe: si fuere incrédulo habrá experimentado en sí un hondo temor causado cuando menos por aquella última reliquia de buen sentido que está al alcance de los más necios.

Una de dos: o Dios existe o no existe. Si no existe, ya se vé que nada perdemos con creer en El, pues su doctrina hemos demostrado ser excelentísima para el cuerpo y para el alma; para el individuo y para las familias; para



las sociedades y naciones mirando solo a lo temporal, a esta vida terrena...

Y si existe, como se ha demostrado igualmente, no lo pasará muy bien el incrédulo cuando caiga en manos de Dios con todo el bagaje de vicios consiguientes a su ateísmo.

Es muy natural consecuencia de estas clarísimas verdades desear con ansia más luz, luz esplendorosa, que acabe de disipar todas las dudas y tenga fuerza para acallar y vencer todas las voces de la pasión, del error y del respeto humano. Esta luz se encuentra en los principios doctrinales más concentrada, vigorosa y refulgente, que en las conclusiones, por lo cual y como complemento a este tratadito y como mirada de conjunto que nos oriente en el vasto campo de las verdades católicas, haremos ahora un breve resumen de toda la *Doctrina cristiana*, en forma dialogada para mayor claridad.

## 1. Inmortalidad del alma

— ¿Acaba todo para el hombre con esta vida terrena?

— No; después de esta vida le espera otra que es eterna, pues su alma por ser espiritual no puede morir.

— ¿Qué sucederá en esa otra vida? — Será una vida de gozos o de dolor eternos.

— ¿De quién depende tal gozo o tormento? — De nuestro comportamiento para con *Dios*, que es el Criador, Dueño y Señor de nosotros como de las criaturas todas.

## 2. Dios

— ¿Quién es Dios? — Dios es el Ser más excelente y admirable que podemos decir ni pensar. Es un Señor infinitamente bueno, sabio, justo, poderoso, principio y fin de todas las cosas, que no puede menos de premiar a los buenos y castigar a los malos.



—¿Y no habrá alguna duda de si existirá o no, ese *Dios* justiciero?— No: no es posible duda alguna acerca de su existencia; porque El mismo se manifestó y habló muchas veces a los hombres, demostrando la verdad de su revelación con grandiosos hechos, o milagros, como los del Sinaí, terminando por hacerse *hombre* el mismo *Dios* para vivir con los hombres y para demostrar su divinidad y enseñarnos con su palabra, con su ejemplo y con sus milagros el camino del cielo, como lo hizo en Palestina de Asia durante los primeros años de esta Era que por eso se llama *Cristiana*; del nombre de *Cristo*, Dios y hombre verdadero.

—¿Pero cómo sabrán que existe Dios los que no conozcan esos hechos históricos ni los milagros que hizo Jesucristo?— Sabrán que existe Dios todos, porque lo adivinarán y lo deducirán con certeza por el grandioso espectáculo del Universo, el cual exige y supone un artista, creador, conservador y gobernador proporcionado a su grandeza. Cualquiera comprende que los hombres no son capaces de regir y gobernar el Universo; cielos, tierra, lluvias, vientos... También se comprende que no puede ser obra del acaso un orden y acierto tan admirable como el que a diario contemplamos en todos los órdenes de la naturaleza. . Así como no hay *obra* alguna humana que no tenga una inteligencia perspicaz que la dirija, y unas manos diestras y poderosas que la ejecuten, así para el Universo ha de haber un entendimiento altísimo que comprenda y dirija tanto número inconmensurable de criaturas; y un poder fortísimo, a quien obedezcan las grandes moles de los astros y las pequeñas moléculas, como el niño a su madre... Esa inteligencia, ese poder supremo e infinito es a quien llamamos *Dios*.

No: no es posible que persona alguna pueda alegar ignorancia acerca de la existencia de Dios. No sabrá de-



cir quién es Dios, cómo es Dios. Pero su existencia es clarísima; descúbrese a través de las criaturas todas como el artista en la obra de sus manos.

### 3. La Santísima Trinidad

—¿Cuántos Dioses hay?—La fe nos dice que hay un sólo Dios, aunque las Personas son tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

—¿No hay contradicción en esa *Unidad* y *Trinidad*?—No: la contradicción sería cuando en el mismo concepto predicáramos la *unidad* y la *trinidad*. Pero no es así, porque al afirmar que Dios es uno hablamos de su *esencia*, mientras que la palabra *Trinidad* se refiere a las Personas, y por tanto no es contradictorio. —¿Cómo no es una Persona más ni menos que otra, a pesar de tener cada una la Personalidad que no tiene la otra? Tales cosas son sutilezas que no necesitamos saber para ser buenos cristianos: los sabios las explican en parte; y acuden al misterio en lo que se ven incapaces. ¿Cómo no haber misterios para el hombre en Dios? A nosotros bástanos creer lo que nos enseña la fe. Hay en Dios tres personas; Padre, Hijo y Espíritu Santo; pero en una sola esencia, y por tanto es *un solo Dios*.

### 4. Los Angeles

—¿Cuál fué la primera cosa que Dios crió?—Los Angeles.

—¿Qué cosa son los Angeles?—Son unos espíritus puros, es decir, que no tienen cuerpo, pero sí inteligencia y voluntad perfectísimas.

—¿Para qué los crió Dios?—Para hacerles partícipes de su misma gloria, pues como es infinitamente bueno, se complace en hacer bien. Quiso criarlos para que gozaran de la gloria alabando y bendiciendo a Dios, pero antes



habían de ganar esa dicha en una sencilla prueba de obediencia y amor a su Criador.

—¿Qué les mandó Dios para probar esa obediencia? —Dios les mandó lo que ellos mismos debían hacer sin mandarlos: postrarse ante El y adorarle, reconociéndole por su Dueño y Señor.

—¿Obedecerían, sin duda, todos?—Así parece que debió suceder, pero la fe nos enseña que una tercera parte de esos Angeles capitaneados por Luzbel envaneciósse al contemplar sus perfecciones, como si fueran suyas; fuéronse llenando de soberbia y llegaron hasta prorrumpir en aquel grito satánico de la primera rebelión *Non serviam*, no queremos servir ni doblegarnos ante Dios! Pecado enorme que los convirtió en demonios al quedarse privados de la gracia santificante, hermosura divina y fundamento de gloria: siendo en el mismo instante arrojados a un infierno horrible, eterno, criado por la justicia divina para castigar y sujetar su rebeldía.

—¿Y cómo Dios siendo tan bueno, ha de estarlos castigando eternamente por el pecado de un momento?—Primero. Porque la gravedad de una ofensa se mide por la dignidad de la persona ofendida: aquí el ofendido es Dios, dignidad infinita que pide castigo infinito en justicia: pero los Angeles son criaturas y no pueden sufrir pena *infinita* en la intensidad: quédales solo la posibilidad de sufrirla en la duración o sea, el infierno eterno. Segundo. Los Angeles rebeldes, como el pecador que muere impenitente, eligieron conscientemente seguir en esa actitud rebelde mientras duró la prueba: y en esa actitud rebelde quisieron pasar a la eternidad: pero una vez comenzada la eternidad, ya no hay libertad de prueba. La voluntad sigue *firme* en la rebeldía eternamente: y con ella ha de seguir el castigo *eterno* como es eterna su culpa.

—¿Cómo premió Dios a los Angeles buenos?—Asegurándoles para siempre el estado de buena voluntad, de gracia y de gloria: destinándoles al servicio y alabanzas



vinas, y por último a la ayuda y protección de los hombres.

## 5. Los primeros hombres

### El primer pecado

—¿Cuándo crió Dios a los hombres?—Después de la glorificación de los Angeles buenos se dispuso Dios a criar a los hombres, como si quisiera llevar al Cielo otros seres que suplieran la defección de los Angeles rebeldes: pero los hombres habían de tener cuerpo sensible, material, y Dios les hizo primero la casa en que habitaran, es decir, el Cielo que vemos, la tierra que pisamos.

—¿Cómo hizo Dios a los primeros hombres?—Hizo Dios con solo su mandato el cuerpo del primer hombre, de un poquito de barro, (tierra roja, que por eso llamóse el primer hombre Adán) y luego le infundió en el cuerpo un alma racional, esto es, un espíritu parecido a los Angeles, el cual se unió con el cuerpo íntimamente, dándole vida y formando ese ser específico humano que llamamos hombre.

—¿Cómo hizo Dios a la primera mujer?—Dios infundió luego en Adán un profundo y misterioso sueño durante el cual mandó que de una pequeña parte de sus huesos se formara el cuerpo de una mujer: y luego la infundió, como antes a Adán, un alma criada de la nada, espiritual, inmortal, que dió vida al cuerpo formando una nueva persona humana. Y cuando despertó Adán quedó grandísimamente admirado y agradecido a Dios por aquella hermosísima compañera a quien llamó Eva, Madre de todos los hombres.

—¿No hizo Dios a Adán y Eva algunos regalos y dones extraordinarios, superiores a aquella naturaleza humana?—Sí: Dios, liberalísimo, amante en extremo de sus nuevas criaturas, les sublimó a un orden sobrenatural, concediéndoles un ser divino que llamamos gracia santificante,



la cual penetraba y envolvía su naturaleza asemejándola al mismo Dios, quien se complacía en esta hermosura divina, y de la cual resultaba el derecho a gozar eternamente de su presencia en el Cielo, cuando Dios así lo dispusiera.

Les concedió, con esa gracia y santidad, ciencia eminente que iluminaba el entendimiento en esplendores purísimos sin mezcla de error: voluntad ordenada y sumisa a Dios, dueña pacífica de los sentidos... Dominación perfecta sobre la creación terrestre y dicha inefable de comunicar familiarmente con Dios...

Les concedió para el cuerpo la salud, la hermosura, la juventud perenne, la inmortalidad, pues al fin, en tiempo no lejano, serían confirmados en gracia y entrarían en posesión de la gloria como los Angeles fieles.

—¿No impuso Dios a los hombres como a los Angeles algún precepto o prueba de fidelidad y mérito?—Sí: Dios impuso a Adán y Eva los preceptos correspondientes al estado sobrenatural de que gozaban; pero además, y como *prueba*, les impuso un precepto especial que consistía en respetar *uno* de los árboles del Paraíso, no comer su fruto, so pena de perder en el mismo instante todos los dones sobrenaturales e integrales.

—¿Y qué sucedió?—Que el demonio envidioso de tanta felicidad tentó a Eva, prometiéndola ser como Dios si probaba el fruto del árbol prohibido; Eva, llevada de su propia curiosidad, creyó en la promesa del demonio y comió de la fruta prohibida anhelando ser *tanto como Dios*; pero al gustarla se halló perdida, viéndose en un instante privada de la gracia, de la inocencia y de todos los dones mencionados. Después, buscando quizá en ello un consuelo, incitó a Adán para que también pecara: Adán pecó y desde entonces en justísimo castigo quedaron privados de los dones del altísimo indicados; quedaron sujetos a las pasiones, inclinados al mal, expuestos al dolor, al trabajo, enfermedad y muerte: y lo que es



peor, reos de condenación eterna como los Angeles malos. Esta privación de bienes sobrenaturales e integrales, acompaña a todos sus hijos y es lo que llamamos *pecado original*.

—¿Y por qué hemos de heredar nosotros la pena, si no tuvimos la culpa? —Porque Dios les concedió esos dones con tal condición: pues así como Adán no hubiera transmitido la vida natural a sus hijos, si antes se hubiera suicidado, así de modo semejante ocurrió al pecar; pues el pecado fué como un suicidio sobrenatural con que se privó de todos aquellos bienes y nos privó a nosotros de su herencia o del derecho a que nos fueran comunicados como a hijos de tal padre.

Por otra parte; no hemos de creer que Dios castigue en la otra vida con penas positivas a los que mueren con solo ese pecado, como son los niños, que antes del uso de la razón fallecen sin el bautismo; no: Dios no les castiga con el infierno de los condenados, porque ellos no pecaron; pero tampoco van al Cielo por carecer de la gracia. Gozarán de otra felicidad menor.

## 6. Jesucristo.—La Redención

—En ese caso, si Adán perdió la gracia y con él nosotros: y sin la gracia no es posible ir al Cielo ¿cómo es que se nos dice y se nos exhorta a conquistar el Cielo? —Sí: sí que podemos ir al Cielo; es verdad. Pero lo es porque Jesucristo ha venido a pedir perdón por Adán y por todos sus hijos, logrando que Dios nos perdone y nos devuelva la gracia para ganar el Cielo, aunque no los otros dones de integridad.

—¿Quién es Jesucristo? —Es la segunda Persona de la Santísima Trinidad, Dios como el Padre y como el Espíritu Santo: es el Hijo de Dios, Dios vivo que se hizo hombre para pedir perdón y pagar por nuestros pecados y así



librarnos del castigo eterno. Jesucristo es Dios y Hombre verdadero.

—Pues qué: ¿no podía habernos salvado un hombre o un Angel, que no fuera también Dios?—En rigor de justicia no valían los méritos de todos los hombres ni de todos los Angeles para satisfacer y desagraviar a un Dios ofendido, porque la ofensa se mide mirando a la persona *ofendida*; pero el mérito de la satisfacción es proporcionado a quien satisface. No tenían altura los hombres para satisfacer en justicia a todo un Dios. Ved cómo concilió la misericordia con la justicia nuestro amantísimo Criador: El mismo se hizo hombre sin dejar de ser Dios: como hombre se humilló para satisfacer; como Dios elevó el mérito de sus humillaciones hasta lo infinito.

—¿En qué consistieron las humillaciones y satisfacciones de Jesucristo para alcanzarnos el perdón de Dios?—Jesucristo, para redimirnos, nació pobre; vivió pobre y menospreciado; nos enseñó la doctrina de la salvación; nos demostró la veracidad divina de sus palabras con los más estupendos milagros; y al fin permitió que las autoridades de su tiempo y de su pueblo le condenaran a muerte, en suplicio infame de cruz, porque se proclamaba *Dios*.

—¿Pues acaso no demostraba Jesucristo su veracidad con milagros? ¿Cómo se atrevieron los judíos a crucificarle?—Es cierto: parece un misterio, en que la misericordia divina se aprovechó de la espantosa perversidad humana para realizar su obra más inefable de amor. Jesucristo calmó las tempestades del mar, dominó a los demonios, sanó a los enfermos, resucitó a muertos... y sin embargo los judíos, cegados por la envidia y por el odio a sus reprensiones llegaron a cometer el más bárbaro crimen, que relata la historia; dieron muerte afrentosa a Jesucristo pero Jesucristo, resucitó al tercer día, glorioso, para nunca más morir.

—Según eso ¿con la Pasión y muerte de Jesucristo hemos quedado ya todos perdonados?—No, no: La Pasión y



muerte de Jesucristo no basta para el perdón personal, de cada uno. Jesucristo nos ganó para todos la gracia, perdida en Adán, y el perdón; pero es preciso que cooperemos por nuestra parte disponiendo nuestra alma para recibirla y acudiendo a buscarla donde se halle. Es como un Rey que llenara un almacén de trigo: ¿bastaría esto para no morir de hambre? no; habría que buscarlo, comerlo...

—¿Pues a dónde hemos de ir en busca de la gracia y méritos de Jesucristo para apropiárnoslos?— Jesucristo dejó esa gracia del perdón y sus méritos en los Santos Sacramentos; comprometiéndose a darla cuando los recibamos bien.

## 7. Las fuentes de la Gracia Los Sacramentos

—¿Cuántos son los Santos Sacramentos?— Son siete, a saber: *Bautismo, Confirmación, Penitencia, Comunión, Extremaunción, Orden y Matrimonio.*

—¿Cuándo recibimos por primera vez la gracia y los méritos de Jesucristo?— Cuando nos bautizamos, recibimos la gracia santificante.

—¿Y se puede volver a perder?—Sí: cuando cometemos otro pecado como le sucedió a Adán; por el pecado mortal.

—¿Qué es pecado mortal?—Pecado mortal es decir, hacer pensar o desear algo contra lo que manda Dios en cosa grave.

—¿Pues qué cosas nos manda Dios?—Todas las comprendidas en lo que llamamos Mandamientos.

—¿Cuántos son los Mandamientos de Dios?—«Diez. El primero amar a Dios sobre todas las cosas. El segundo no jurar su Santo Nombre en vano. El tercero santificar las fiestas. El cuarto honrar padre y madre. El quinto no matar. El sexto no fornicar. El séptimo no hurtar. El octavo no levantar falsos testimonios ni mentir. El noveno



no desear la mujer de tu prójimo. El décimo no codiciar los bienes ajenos.»

— ¡Parece difícil cumplir tantas cosas y por tanto se perderá la Gracia santificante muy pronto!--Efectivamente; sin la ayuda de Dios, sí; pero con la ayuda de Dios ya no es difícil. Y sobre todo no olvidemos que es necesario cumplirlos.

—¿Qué haremos para que Dios nos ayude?--Muy poca cosa nos exige Dios para concedernos su auxilio: *que se le pidamos*. Y para que no aleguemos pretextos de ignorancia nos enseñó El mismo una fórmula sencillísima para pedirle a Dios: es el «Padre nuestro».--¿Cómo se llama el auxilio o ayuda que Dios nos da para cumplir su santa Ley?—Se llama *gracia actual*. Y consiste en ciertas luces con que Dios ilustra nuestra mente para conocer lo que más nos conviene; y fuertes impulsos con que inclina suavemente a la voluntad en dirección de la ley santa.

—Y si, a pesar de todo, (por no pedir ese auxilio, o por no aceptarle o cooperar a él) quebrantamos la ley, caemos en pecado y perdemos la gracia santificante ¿nos quedará algún otro medio de recobrarla?—Sí: podemos recuperarla tantas veces como la perdamos; recibiendo otro Sacramento que se llama penitencia o confesión.

¿Y si peca uno mil veces o más ¿le perdonará Dios siempre?—Sí; no hay duda; con tal que reciba bien el Sacramento, diciendo la verdad al confesor y teniendo verdadero deseo de enmendarse. Pero es peligroso abusar de la misericordia de Dios recayendo mil veces en el mismo pecado. No porque Dios cese nunca de procurar y desear nuestro bien, sino porque quien se acostumbra a pecar, tendrá difícilmente verdadero dolor y arrepentimiento.

—¿No nos concede el Señor alguna otra ayuda más importante para servirle con amor?--Sí; El mismo ha querido quedarse con nosotros *oculto*, pero realmente *presente*, bajo las apariencias de pan y vino para que podamos comerle—comulgar—y así identificarnos El consigo



en cuanto nosotros lo permitamos, y en cuanto sea posible a su Providencia santificadora.

—¿Cuándo se verifica ese milagro de venir Jesucristo desde los cielos a ocultarse bajo las apariencias de pan? —Cuando el Sacerdote dice la Santa Misa: un momento antes de arrodillarse y levantar luego en sus manos la Sagrada Forma para que la adoren los fieles, en ese momento, por la virtud de Dios omnipotente y por las palabras que dice el Sacerdote, según mandato de Jesucristo, se convierte la substancia del pan en el Cuerpo de Jesucristo y el vino en su Sangre; y con el Cuerpo y la Sangre viene al alma, la divinidad, la Persona toda sacratísima de nuestro Señor, real y verdaderamente como está en el cielo, pero se presenta oculto en el pan y vino para que nos atrevamos a acercar y recibirle...

## 8. La oración nos salvará

—¿Cuál es la más importante de todas las doctrinas y verdades aquí expuestas?—La más provechosa de todas estas instrucciones es sin duda la que se refiere a la oración: Porque quien reza y pide, recibirá gracia actual en abundancia. Con esta gracia vencerá las pasiones y no caerá en pecado; o se levantará pronto si cayere; y siguiendo firme en la oración se aumentará la gracia santificante; y con ésta crecerá la fe en Dios, la confianza en sus promesas, el amor de sus beneficios y por consiguiendo la salvación de su alma.

## 9. ¡Oíd a la Iglesia!

—¿Y antes de subir Jesucristo a los cielos no dejó a alguien encargado de enseñar y recordar estas cosas para que todos las conozcan y se salven?—Sí; dejó a la *Santa Iglesia* que es el Romano Pontífice, a los señores Obispos y Sacerdotes católicos, quienes de mil modos sin ce-



sar instruyen y exhortan a los fieles, pero especialmente en los Templos durante la Santa Misa de los Domingos y durante el culto de la tarde en esos mismos días explicando en uno y otro el *Evangelio*, el *Catecismo*, la *Doctrina Cristiana*. ¿No te parece que la salvación de tu alma merece muy bien el pequeño sacrificio de asistir y escuchar tan provechosas como divinas enseñanzas?

Hazlo así y Dios te premiará sin duda con una santa vida y preciosa muerte temporal, que es principio de la vida verdadera, la vida eterna de la Gloria.

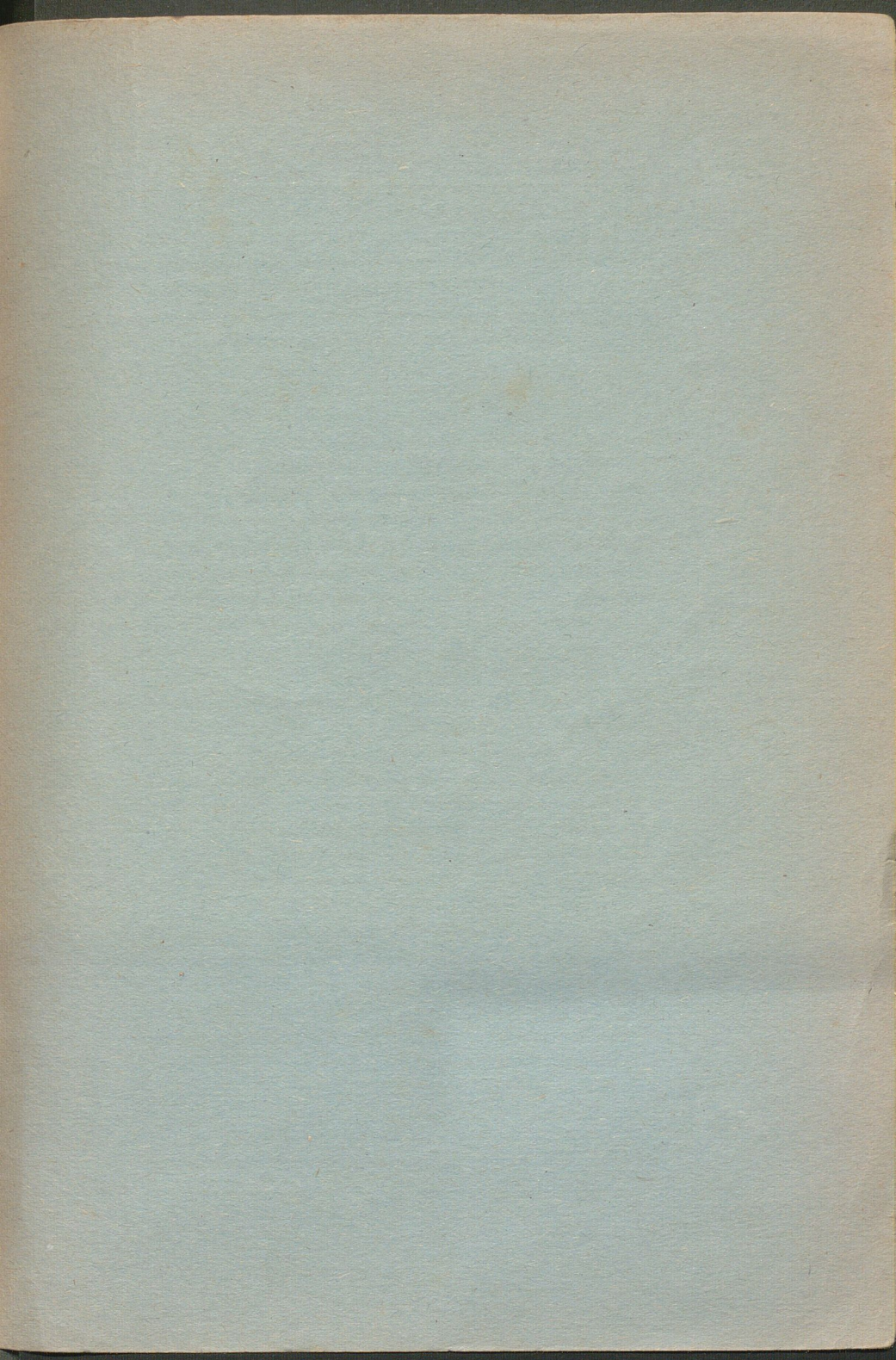
**A. J. per M. I.**



## I N D I C E

|                                                 | <u>Páginas</u> |
|-------------------------------------------------|----------------|
| La inmortalidad del alma .....                  | 5              |
| La existencia de Dios.....                      | 18             |
| La infalibilidad de la Iglesia .....            | 33             |
| La autoridad del Catecismo.....                 | 46             |
| Los daños de la ignorancia religiosa.....       | 58             |
| Los beneficios de la instrucción cristiana..... | 66             |
| Compendio de la doctrina católica .....         | 76             |







## Biblioteca P. de P. Parroquial

Libros económicos, de instrucción fundamental, lectura amena, asimilación sorprendente, provecho indiscutible; he aquí las más notables características de esta publicación. Vea usted los editados hasta el presente:

**SECCION CATEQUISTICA.**—El Catequista Auxiliar. Grado II.—Método el más sencillo, ameno, descansado y eficaz, entre todos los conocidos, para aprender la doctrina cristiana. Los Catequistas y los padres de familia pueden realizar la instrucción religiosa de sus hijos a la vez que les ejercitan en la lectura, convirtiendo este ejercicio en una interesante y amenísima velada familiar. Dos tomos en 8.º con 1.060 páginas y 60 grabados, 6 ptas. en rústica y 8 en pasta. Descuentos desde 5 ejemplares.

**SECCION HOMILETICA.**—Grado I. El Evangelio, el Catecismo y la Historia.—Contiene este libro lo más esencial que necesitan los fieles saber para salvarse. Es un resumen muy lógico y armonizado de los tres más grandes libros que conoce el hombre. Un tomo en 4.º de 600 páginas, 8 ptas. en rústica y 9 en tela.

Grado II.—Tomo I. El Evangelio y la Creación.—Este libro produce un encanto singular de admiración y gozo al presentarnos reflejadas en las criaturas las perfecciones de Dios. Son bellísimos cuadros de la Creación proclamando a grandes voces la bondad de Dios, su omnipotencia, su generosidad, su sabiduría.... Esto dicen los cielos estrellados, los espacios infinitos donde giran los astros, la inmensidad del mar con sus grandes cetáceos, la hermosura de las flores, el instinto de los animales, la viveza del día, la quietud de la noche... todas las criaturas, pues de todas habla este libro describiendo en ellas la acción de Dios... Un tomo de 640 páginas en 4.º 8 ptas. en rústica y 9 en tela.

**SECCION DE SERMONES SOLEMNES.**—Estos son los predicados por el M. I. Sr. Magistral, que fué, de Avila, D. Gervasio Esteban, durante los años 1900 a 1916 y que ahora son recordados y leídos con gran fruición por propios y extraños como joyas de la literatura clásica más bella por su estilo puro y armonioso, por sus pensamientos y síntexis luminosas, por la suavidad y bello realismo de sus imágenes... Dos tomos en 4.º de 300 páginas, cada uno, 4 pesetas.

En prensa: Cuestiones de actualidad n.º II, a saber: **Autoridad, Libertad, Igualdad, Fraternidad, Socialismo, Comunismo.**

Los pedidos al señor Cura de Cardeñosa (Avila).